

## Domingo XXX del Tiempo Ordinario (ciclo A)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA** ([www.bibliadenavarra.blogspot.com](http://www.bibliadenavarra.blogspot.com))
- **SAN JUAN CRISÓSTOMO** ([www.iveargentina.org](http://www.iveargentina.org))
- **FRANCISCO – Ángelus 2014 - Homilías en Santa Marta, 15.X.2013 y 9.I.2014**
- **BENEDICTO XVI - Homilía del 26 de octubre de 2008**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA** ([www.cantalamessa.org](http://www.cantalamessa.org))
- **FLUVIUM** ([www.fluvium.org](http://www.fluvium.org))
- **PALABRA Y VIDA** ([www.palabrayvida.com.ar](http://www.palabrayvida.com.ar))
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ** ([www.almudi.org](http://www.almudi.org))
  - **Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II**
  - **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
  - **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **HABLAR CON DIOS** ([www.hablarcondios.org](http://www.hablarcondios.org))
- **Mn. Ramon SÀRRIAS i Ribalta (Andorra)** ([www.evangelinet.net](http://www.evangelinet.net))

\*\*\*

### **DEL MISAL MENSUAL**

#### **YO SOY COMPASIVO**

**Ex 22, 20-26; 1 Tes 1, 5-10; Mt 22, 34-40**

La serie de mandamientos que nos propone el libro del Éxodo están encaminados a salvaguardar los derechos de los israelitas más vulnerables, a saber, emigrantes, jornaleros, viudas y huérfanos. Aunque exista la tendencia a aprovecharse de las personas débiles, un creyente en el Dios de Israel no puede hacerlo porque ha experimentado a Dios como alguien compasivo, que se apiada de los necesitados. No se le puede pedir a Dios lo que no se está dispuesto a ofrecer a los hermanos. En esa misma línea va la respuesta del Señor Jesús a los saduceos. No hay un solo mandamiento principal, en realidad son dos: el amor a Dios es inseparable del amor al prójimo. Más aún, todo cuanto Dios ha revelado a través de los libros centrales de Israel: la Torah y los Profetas se condensa en esa indisoluble exigencia.

**ANTÍFONA DE ENTRADA** Cfr. Sal 104, 3-4

*Alégrese el corazón de los que buscan al Señor. Busquen al Señor y serán fuertes; busquen su rostro sin descanso.*

#### **ORACIÓN COLECTA**

Dios todopoderoso y eterno, aumenta en nosotros la fe, la esperanza y la caridad, y para que merezcamos alcanzar lo que nos prometes, concédenos amar lo que nos mandas. Por nuestro Señor Jesucristo...

## LITURGIA DE LA PALABRA

### PRIMERA LECTURA

*La explotación de las viudas y los huérfanos enciende la ira de Dios.*

**Del libro del Éxodo: 22, 20-26**

**E**sto dice el Señor a su pueblo: “No hagas sufrir ni oprimas al extranjero, porque ustedes fueron extranjeros en Egipto. No explotes a las viudas ni a los huérfanos, porque si los explotas y ellos claman a mí, ciertamente oiré yo su clamor; mi ira se encenderá, te mataré a espada, tus mujeres quedarán viudas y tus hijos, huérfanos.

Cuando prestes dinero a uno de mi pueblo, al pobre que está contigo, no te portes con él como usurero, cargándole intereses.

Si tomas en prenda el manto de tu prójimo, devuélveselo antes de que se ponga el sol, porque no tiene otra cosa con qué cubrirse; su manto es su único cobertor y si no se lo devuelves, ¿cómo va a dormir? Cuando él clame a mí, yo lo escucharé, porque soy misericordioso”.

**Palabra de Dios.**

### SALMO RESPONSORIAL

*Del salmo 17, 2-3a. 3be-4. 6-7ab. 20-21.*

**R/. Tú, Señor, eres mi refugio.**

Yo te amo, Señor, tú eres mi fuerza, el Dios que me protege y me libera. **R/.**

Tú eres mi refugio, mi salvación, mi escudo, mi castillo. Cuando invoqué al Señor de mi esperanza, al punto me libró de mi enemigo. **R/.**

Bendito seas, Señor, que me proteges; que tú, mi salvador, seas bendecido. Tú concediste al rey grandes victorias y mostraste tu amor a tu elegido. **R/.**

### SEGUNDA LECTURA

*Abandonando los ídolos, ustedes se convirtieron a Dios y viven en la esperanza de que venga desde el cielo Jesucristo, su Hijo.*

**De la primera carta del apóstol san Pablo a los tesalonicenses: 1, 5-10**

**H**ermanos: Bien saben cómo hemos actuado entre ustedes para su bien. Ustedes, por su parte, se hicieron imitadores nuestros y del Señor, pues en medio de muchas tribulaciones y con la alegría que da el Espíritu Santo, han aceptado la palabra de Dios en tal forma, que han llegado a ser ejemplo para todos los creyentes de Macedonia y Acaya, porque de ustedes partió y se ha difundido la palabra del Señor; y su fe en Dios ha llegado a ser conocida, no sólo en Macedonia y Acaya, sino en todas partes; de tal manera, que nosotros ya no teníamos necesidad de decir nada.

Porque ellos mismos cuentan de qué manera tan favorable nos acogieron ustedes y cómo, abandonando los ídolos, se convirtieron al Dios vivo y verdadero para servirlo, esperando que venga desde el cielo su Hijo, Jesús, a quien él resucitó de entre los muertos, y es quien nos libra del castigo venidero.

**Palabra de Dios.**

**ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Jn 14, 23**

**R/. Aleluya, aleluya.**

El que me ama, cumplirá mi palabra, dice el Señor; y mi Padre lo amará y vendremos a él. **R/.**

**EVANGELIO**

*Amarás al Señor, tu Dios, y a tu prójimo como a ti mismo.*

**+Del santo Evangelio según san Mateo: 22, 34-40**

**E**n aquel tiempo, habiéndose enterado los fariseos de que Jesús había dejado callados a los saduceos, se acercaron a él. Uno de ellos, que era doctor de la ley, le preguntó para ponerlo a prueba: “Maestro, ¿cuál es el mandamiento más grande de la ley?”.

Jesús le respondió: ‘Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Éste es el más grande y el primero de los mandamientos. Y el segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. En estos dos mandamientos se fundan toda la ley y los profetas’.

**Palabra del Señor.**

**ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS**

Mira, Señor, los dones que presentamos a tu majestad, para que lo que hacemos en tu servicio esté siempre ordenado a tu mayor gloria. Por Jesucristo, nuestro Señor.

**ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Cfr. Sal 19, 6**

*Nos alegraremos en tu victoria y cantaremos alabanzas en el nombre de nuestro Dios.*

**ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN**

Que tus sacramentos, Señor, produzcan en nosotros todo lo que significan, para que lo que ahora celebramos en figura lo alcancemos en su plena realidad. Por Jesucristo, nuestro Señor.

**UNA REFLEXIÓN PARA NUESTRO TIEMPO**

En tiempos revueltos como los nuestros, donde los intereses económicos se acrecientan y se desbocan las furias tribales de todos cuantos se sienten superiores a cualquier minoría, conviene recordar estas palabras de Jesús. No es posible confesarse discípulo de Jesús y a la vez, atrincherarse en la defensa del propio bienestar a costa de la negación del bienestar general. Quien proclame su fe en Cristo tiene un referente y una misión que cumplir: reconocerlo en el rostro de los desempleados, los emigrantes y en cualquier colectivo que viva en situación de vulnerabilidad. En esta hora confusa se acrecienta la tentación de disociar las convicciones creyentes de tantas urgencias sociales que se multiplican en esta sociedad inequitativa que está produciendo la globalización, con su idolatría del lucro y la ganancia. Servir a Jesús implica ocuparnos de quienes atraviesan condiciones adversarias y precarias.

---

**BIBLIA DE NAVARRA ([www.bibliadenavarra.blogspot.com](http://www.bibliadenavarra.blogspot.com))**

**No maltratarás a la viuda ni al huérfano (Ex 22,20-26)**

**1ª lectura**

Estas normas forman parte del denominado «Libro de la Alianza» por la mención que se hace en Ex 24,7, o también llamado «Código de la Alianza», porque muchas de estas leyes son semejantes a las contenidas en códigos legales de pueblos semitas, tales como el sumerio de Ur-Nammu (hacia el 2.050 a.C.), el de Eshnunna (hacia el 1.950 a.C.), el de Lipit-Istar (hacia el 1.850 a.C.) y, el más conocido, el Código de Hammurabi (hacia el 1.700 a.C.), que se conserva en una pieza de diorita en el Museo del Louvre.

Las leyes aquí reunidas probablemente existían antes con una formulación parecida o incluso idéntica, pero al quedar incorporadas en el Libro de la Alianza en el contexto de los acontecimientos del Sinaí adquieren mayor realce y autoridad. Vienen a ser como las «leyes fundamentales» del pueblo. El texto sagrado presenta estas prescripciones como sancionadas por Dios mismo y como parte de las exigencias de la Alianza. Se pone así de manifiesto que el pueblo de Israel ha de reflejar su peculiaridad de escogido en todos los ámbitos de su vida. La política, la vida social y familiar, el culto y las instituciones tienen carácter religioso.

El extranjero que —por guerra, peste o hambre— se había visto obligado a emigrar de su patria, la viuda sin familia y el huérfano desheredado eran los prototipos de personas marginadas y pobres en aquella sociedad tribal. La Biblia, en la normativa (p.ej., Dt 10,17-18; 24,17) y en el mensaje profético (p.ej., Is 1,17; Jr 7,6), aboga constantemente a favor de estas personas más necesitadas (cfr St 1,27). La opresión de estos marginados y débiles es uno de los pecados que claman al cielo (cfr *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1867).

### **Imitadores del Señor (1 Ts 1,5c-10)**

#### **2ª lectura**

En Tesalónica desarrollaba una gran actividad comercial, y la ciudad constituía un importante nudo de comunicaciones e influencias en todo Grecia. Entre los cristianos de esta ciudad se contaban personas importantes, e incluso mujeres de la nobleza (cfr Act 17,4). La categoría humana de los convertidos y el prestigio de esta ciudad en su entorno geográfico, explican en parte la rapidez con la que desde ella se extendió la doctrina cristiana.

La evangelización realizada por San Pablo constituye un modelo de proclamación del mensaje cristiano en todo tiempo y lugar. Como el Apóstol reproducía en su vida la vida de Cristo (1 Co 11,1) para conducir a otros a la fe (v. 6), el cristiano debe comportarse de tal manera, que los demás vean en él a Cristo **como en un espejo: Si el espejo es como debe ser, recogerá el semblante amabilísimo de nuestro Salvador sin desfigurarlo, sin caricaturas: y los demás tendrán la posibilidad de admirarlo, de seguirlo** (S. Josemaría Escrivá, *Amigos de Dios*, n. 299).

El versículo 10 probablemente constituye una fórmula acuñada por la predicación oral, y tal vez una profesión de fe de la liturgia primitiva. La “ira venidera” es una metáfora que indica el justo castigo de los pecadores. Nuestro Señor Jesucristo librará de él a quienes de modo habitual se han esforzado por vivir en estado de gracia y amistad con Dios. Como advertía Santa Teresa, «será gran cosa a la hora de la muerte saber que vamos a ser juzgadas de quien hemos amado sobre todas las cosas. Seguras podemos ir con el pleito de nuestras deudas. No será ir a tierra extraña sino propia; pues es la de quien tanto amamos y nos ama» (*Camino de perfección*, cap. 70,3).

### **Amor a Dios y al prójimo (Mt 22,34-40)**

#### **Evangelio**

Responde Jesús a una cuestión planteada por los fariseos, cuya preocupación principal era cumplir todos los mandamientos contenidos en las leyes mosaicas y que alcanzaban el número de

613. Jesús enseña que toda la Ley se condensa en los dos mandatos del amor (Dt 6,5; Lv 19,18). Toda la tradición evangélica es testigo de cómo Jesús vinculó el amor a Dios con el amor al prójimo. El relato de Mateo lo recoge de una manera singular: el escriba pregunta por «el mandamiento principal de la Ley» (v. 36), y Jesús contesta con un mandamiento que se traduce en dos, o mejor, con dos mandamientos que son uno; en todo caso queda claro que este mandamiento se distingue de los demás: «Ninguno de estos dos amores puede ser perfecto si le falta el otro, porque no se puede amar de verdad a Dios sin amar al prójimo, ni se puede amar al prójimo sin amar a Dios. (...) Sólo ésta es la verdadera y única prueba del amor de Dios, si procuramos estar solícitos del cuidado de nuestros hermanos y les ayudamos» (S. Beda, *Homiliae* 2,22).

Sin embargo, lo más importante es amar a Dios, porque el amor al prójimo es consecuencia y efecto del amor a Dios y, cuando es amado el hombre, es amado Dios ya que el hombre es imagen de Dios (cfr S. Tomás de Aquino, *Sup. Ev. Matt. in loc.*).

Respecto de la intensidad del amor a Dios escribía San Bernardo: «Tú me preguntas por qué razón y con qué método o medida debe ser amado Dios. Yo contesto: la razón para amar a Dios es Dios; el método y medida es amarle sin método ni medida» (*De diligendo Deo* 1,1).

---

## SAN JUAN CRISÓSTOMO ([www.iveargentina.org](http://www.iveargentina.org))

### El más grande mandamiento

Nuevamente pone el evangelista la causa por que debieran los émulos de Jesús guardar silencio, y por ese solo hecho os hace ver su atrevimiento. ¿Cómo y de qué manera? Porque en el momento en que los saduceos habían sido reducidos a silencio, le atacan otra vez los fariseos. Porque cuando, siquiera por eso, debieran haberse callado, ellos vuelven a sus ataques anteriores, y le echan ahora por delante a un doctor de la ley, no porque tengan ganas de aprender nada, sino con intención de ponerle en apuro.

Y así le preguntan cuál es el primer mandamiento. Como el primer mandamiento era: *Amarás al Señor, Dios tuyo, esperando que les diera algún asidero si acaso intentaba corregirlo*, puesto que Él mismo declaraba ser Dios, de ahí la pregunta que le dirigen. ¿Qué contesta, pues, Cristo? Para hacerles ver la causa por que habían venido a preguntarle, que no era otra que su falta absoluta de caridad, estar consumidos por la envidia y ser presa de los celos, les contesta: *Amarás al Señor Dios tuyo. Éste es el primero y más grande mandamiento. Y el segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo.* ¿Por qué es el segundo semejante al primero? Porque le prepara el camino y por él a su vez es confirmado. Porque: *Todo el que obra mal, aborrece la luz y no viene a la luz*<sup>1</sup>. Y otra vez: *Dijo el insensato en su corazón: No hay Dios*<sup>2</sup>, ¿Y qué se sigue de ahí? *Se corrompieron y se hicieron abominables en sus ocupaciones*<sup>3</sup>. Y otra vez: *La raíz de todos los males es el amor al dinero, y por buscarlo, algunos se han extraviado de la fe*<sup>4</sup>. Y: *El que me ama, guarda mis mandamientos*<sup>5</sup>.

---

<sup>1</sup> Jn 3, 20. El pensamiento de San Juan Crisóstomo se completa si ponemos la misma frase pero en positivo: “El que obra el bien, es decir, el que ama a su prójimo, ama la luz y va a la luz, es decir, ama a Dios y se encuentra con Dios”.

<sup>2</sup> Sal 52, 1; 13, 1.

<sup>3</sup> Sal 13, 2. Aquí se muestra la interacción que hay entre el primer y el segundo mandamiento, pero haciendo ver que el que no ama a Dios no puede amar a su prójimo: los que no creyeron en Dios y no lo amaron (“Dijeron: no hay Dios”), “se corrompieron en sus ocupaciones”, es decir, no amaron a los hombres.

<sup>4</sup> 1 Tm 6, 10: el amor al dinero, pecado de avaricia contra el prójimo, hace desviar de la verdadera fe y del amor a Dios.

<sup>5</sup> Jn 14, 15.

Ahora bien, todos sus mandamientos y como la suma de ellos es: *Amarás al Señor, Dios tuyo, y a tu prójimo como a ti mismo*. Sí, pues, amar a Dios es amar al prójimo—porque, *Si me amas*, le dice a Pedro, *apacienta mis ovejas*<sup>6</sup>—y el amar al prójimo hace guardar los mandamientos, con razón añade el Señor: *En estos mandamientos está colgada toda la ley y los profetas*. De ahí justamente que haga aquí lo que había hecho anteriormente. Porque, preguntado allí sobre el modo de la resurrección y qué cosa fuera la resurrección, para dar una lección a los saduceos, respondió más de lo que se le había preguntado; y aquí, preguntado por el primer mandamiento, responde también sobre el segundo, que no es muy diferente del primero. Porque: *El segundo es semejante al primero*, dándoles a entender de dónde procedía su pregunta, es decir, de pura enemistad. *Porque la caridad no es envidiosa*<sup>7</sup>. Por aquí demuestra que Él obedece a la ley y a los profetas.

Más ¿por qué razón Mateo dice que este doctor le preguntó para tentarle, y Marcos lo contrario?: *Porque, viendo Jesús—dice—que había respondido discretamente, le dijo: No estás lejos del reino de Dios*<sup>8</sup>. No hay contradicción entre los evangelistas, sino perfecta concordia. Porque el doctor de la ley le preguntó sin duda tentándole al principio; luego, por haber sacado provecho de la respuesta del Señor, es alabado. Y tampoco le alabó al principio. Sólo cuando dijo que amar al prójimo era mejor que todos los holocaustos, le replicó el Señor: *No estás lejos del reino de Dios*. El doctor había sabido desdeñar lo bajo de la religión y había comprendido el principio de la virtud. A la verdad, a este amor del prójimo tendía todo lo otro, los sábados y lo demás. Y ni aun así le tributó el Señor alabanza completa, sino con alguna reserva. Decirle, en efecto, que no estaba lejos, era afirmar que algo distaba, y era a par invitarle a buscar lo que le faltaba.

Por lo demás, no hay que sorprenderse de que el Señor alabe al doctor de la ley por haber dicho: Uno solo es Dios, y fuera de Él no hay otro; por este pasaje debemos más bien darnos cuenta de cómo el Señor se acomoda en sus respuestas a las ideas de quienes le preguntan. Porque si bien los judíos dicen mil cosas indignas de la gloria de Cristo, una cosa, sin embargo, no se atreverán a decir: que no sea Dios en absoluto. — ¿Cómo, pues, alaba al doctor de la ley, cuando dice que no hay otro Dios fuera del Padre? —No es, ni mucho menos, que se excluya a sí mismo de ser Dios; sino que, como no había aún llegado el momento de revelar su propia divinidad, le deja al doctor permanecer en el dogma primero y le alaba de conocer tan bien lo antiguo. Era un modo de prepararle para la enseñanza del Nuevo Testamento, cuando fuera momento de introducirla. Por lo demás, las palabras: *Uno solo es Dios, y fuera de Él no hay otro*, ni en el Antiguo Testamento ni en otra parte se dicen para rechazar al Hijo, sino por contraposición a los ídolos. De suerte que, al alabar al doctor por haber dicho eso, en este sentido le alaba el Señor.

**(Obras de San Juan Crisóstomo, homilía 71, 1. BAC Madrid 1956 (II), p. 437-440)**

\*\*\*

### **Un mandato nuevo os doy.**

Siendo verosímil que ellos, tras de oír esas cosas, se perturbaran, como si fueran a quedar del todo abandonados, los consuela y los fortifica para su seguridad con lo que es la raíz de todos los bienes, o sea la caridad. Como si les dijera: ¿Os doléis de que yo me vaya? Pues si os amáis los unos a los otros, seréis más fuertes aún. Pero ¿por qué no se lo dijo con esas palabras? Porque lo hizo diciéndoles otra cosa, que era con mucho más útil. *En esto conocerán que sois mis discípulos*. Les significa que su grupo jamás se disolvería, una vez que les había dado la contraseña para conocerse.

---

<sup>6</sup> Jn 21, 16.

<sup>7</sup> 1 Co 13, 4.

<sup>8</sup> Mc 12, 34.



Y lo dijo cuando ya el traidor se había apartado de ellos. ¿Por qué llama nuevo este mandamiento? Pues ya estaba en el Antiguo Testamento. Lo hizo nuevo por el modo como lo ordenó. Puesto que lo propuso diciendo: *Tal como Yo os he amado*. Yo no he pagado vuestra deuda por méritos anteriores que vosotros tuvierais, les dice; sino que Yo fui el que comenzó. Pues bien, del mismo modo conviene que vosotros hagáis beneficios a vuestros amigos, sin que ellos tengan deuda alguna con vosotros. Haciendo a un lado los milagros que obrarían, les pone como distintivo la caridad.

¿Por qué motivo? Porque ella es ante todo indicio y argumento de los santos, ya que ella constituye la señal de toda santidad. Por ella, sobre todo, alcanzamos la salvación. Como si les dijera: en ella consiste ser mi discípulo. Por ella os alabarán todos, cuando vean que imitáis mi caridad. Pero ¿acaso no son los milagros los que sobre todo distinguen al discípulo? De ningún modo: *Muchos me dirán: ¡Señor! ¿Acaso no en tu nombre echamos los demonios?* Y cuando los discípulos se alegraban de que hasta los demonios los obedecían, les dijo: *No os gocéis de que los demonios se os sujetan, sino de que vuestros nombres están escritos en el cielo*. Fue la caridad la que atrajo al orbe, pues los milagros ya antes se daban. Aunque sin éstos tampoco aquélla hubiera podido subsistir.

La caridad los hizo desde luego buenos y virtuosos y que tuvieran un solo corazón y una sola alma. Si hubiera habido disensiones entre ellos mismos, todo se habría arruinado. Y no dijo esto Jesús únicamente para ellos sino para todos los que después habían de creer. Y aun ahora nada escandaliza tanto a los infieles como la falta de caridad. Dirás que también nos arguyen porque ya no hay milagros. Pero no ponen en eso tanta fuerza. ¿En qué manifestaron su caridad los apóstoles? ¿No ves a Pedro y Juan que nunca se separan y cómo suben al templo? ¿No ves qué actitud observa Pablo para con ellos? ¿Y todavía dudas? Dotados estuvieron de otras virtudes, pero mucho más lo estuvieron de la que es madre de todos los bienes. Ella germina en toda alma virtuosa enseguida; pero en donde hay perversidad, al punto se marchita: *Cuando abunde la maldad, se resfriará la caridad de muchos*.

Ciertamente a los gentiles no los mueven tanto los milagros como la vida virtuosa. Y nada hace tan virtuosa la vida como la caridad. A los que hacen milagros con frecuencia se les tiene como engañadores; en cambio, nunca pueden reprender una vida virtuosa. Allá cuando la predicación aún no se había extendido tanto, con todo derecho los gentiles admiraban los milagros; pero ahora conviene que seamos admirables por nuestro modo de vivir. No hay cosa que más atraiga a los gentiles que la virtud; y nada los retrae tanto como la perversidad; y nada los escandaliza tanto, y con razón. Cuando vean a un avaro, a un ladrón que ordena lo contrario de la avaricia; y al que tiene por ley amar a sus enemigos, encarnizado como una fiera contra sus semejantes, llamarán vaciedades a tales preceptos. Cuando vean a uno lleno de terror por la muerte ¿cómo van a creer en la inmortalidad? Cuando vean a los ambiciosos y a los cautivos de otras enfermedades espirituales, más bien se aferrarán en sus propios pareceres y nos tendrán a nosotros en nada. Nosotros, ¡sí, nosotros! tenemos la culpa de que ellos permanezcan en sus errores. Han repudiado ya sus dogmas; admiran ya los nuestros; pero los repele nuestro modo de vivir. Ser virtuoso de palabra es cosa fácil, pues muchos de ellos así lo practicaban; pero exigen además las obras buenas, como una demostración. Dirás: ¡que piensen en los que nos precedieron! No les darán fe, si observan a los que ahora vivimos. Nos dicen: muéstrame tu fe en las obras. Tales buenas obras por ninguna parte aparecen. Cuando nos ven destrozando a nuestros prójimos peor que si fuéramos bestias salvajes, nos llaman ruina del universo. Esto es lo que detiene a los gentiles para no pasarse a nosotros.

En consecuencia nosotros sufriremos el castigo no solamente porque obramos mal, sino además porque por ahí el nombre de Dios es blasfemado. ¿Hasta cuándo viviremos entregados al anhelo de dineros, de placeres y de otros vicios? Por fin abstengámonos de ellos. Oye lo que dice el

profeta acerca de algunos insensatos: *Comamos y bebamos; mañana moriremos*. Por lo que mira a los presentes, ni siquiera eso podemos asegurar: en tal forma muchos absorben los bienes de todos. Reprendiéndolos decía el profeta: *¿Acaso habitaréis vosotros solos la tierra?*

Por todo eso, temo que nos acontezca alguna desgracia y que atraigamos sobre nosotros alguna gran venganza de parte de Dios. Para que esto no suceda, ejercitemos toda clase de virtudes, de modo que así consigamos los bienes futuros, por gracia y benignidad del Señor nuestro Jesucristo, por el cual y con el cual sea la gloria al Padre juntamente con el Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

### **Explicación del Evangelio de San Juan (2), Homilía LXXII (LXXI)**

---

## **FRANCISCO – Ángelus 2014 - Homilías en Santa Marta, 15.X.2013 y 9.I.2014**

### **El amor es la medida de la fe, y la fe es el alma del amor**

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

El Evangelio de hoy nos recuerda que toda la Ley divina se resume en el amor a Dios y al prójimo. El evangelista Mateo relata que algunos fariseos se pusieron de acuerdo para poner a prueba a Jesús (cf. 22, 34-35). Uno de ellos, un doctor de la ley, le hizo esta pregunta: «Maestro, ¿cuál es el mandamiento principal de la ley?» (v. 36). Jesús, citando el libro del Deuteronomio, le dijo: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este mandamiento es el principal y primero» (vv. 37-38). Y hubiese podido detenerse aquí. En cambio, Jesús añadió algo que no le había preguntado el doctor de la ley. Dijo: «El segundo es semejante a él: Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (v. 39). Tampoco este segundo mandamiento Jesús lo inventa, sino que lo toma del libro del Levítico. Su novedad consiste precisamente en poner juntos estos dos mandamientos — el amor a Dios y el amor al prójimo— revelando que ellos son inseparables y complementarios, son las dos caras de una misma medalla. No se puede amar a Dios sin amar al prójimo y no se puede amar al prójimo sin amar a Dios. El Papa Benedicto nos dejó un bellissimo comentario al respecto en su primera encíclica *Deus caritas est*, (nn. 16-18).

En efecto, el signo visible que el cristiano puede mostrar para testimoniar al mundo y a los demás, a su familia, el amor de Dios es el amor a los hermanos. El mandamiento del amor a Dios y al prójimo es el primero no porque está en la cima de la lista de los mandamientos. Jesús no lo puso en el vértice, sino en el centro, porque es el corazón desde el cual todo debe partir y al cual todo debe regresar y hacer referencia.

Ya en el Antiguo Testamento la exigencia de ser santos, a imagen de Dios que es santo, comprendía también el deber de hacerse cargo de las personas más débiles, como el extranjero, el huérfano, la viuda (cf. *Ex 22, 20-26*). Jesús conduce hacia su realización esta ley de alianza, Él que une en sí mismo, en su carne, la divinidad y la humanidad, en un único misterio de amor.

Ahora, a la luz de esta palabra de Jesús, el amor es la medida de la fe, y la fe es el alma del amor. Ya no podemos separar la vida religiosa, la vida de piedad del servicio a los hermanos, a aquellos hermanos concretos que encontramos. No podemos ya dividir la oración, el encuentro con Dios en los Sacramentos, de la escucha del otro, de la proximidad a su vida, especialmente a sus heridas. Recordad esto: el amor es la medida de la fe. ¿Cuánto amas tú? Y cada uno se da la respuesta. ¿Cómo es tu fe? Mi fe es como yo amo. Y la fe es el alma del amor.



En medio de la tupida selva de preceptos y prescripciones —a los legalismos de ayer y de hoy— Jesús abre una brecha que permite distinguir dos rostros: el rostro del Padre y el del hermano. No nos entrega dos fórmulas o dos preceptos: no son preceptos y fórmulas; nos entrega dos rostros, es más, un solo rostro, el de Dios que se refleja en muchos rostros, porque en el rostro de cada hermano, especialmente en el más pequeño, frágil, indefenso y necesitado, está presente la imagen misma de Dios. Y deberíamos preguntarnos, cuando encontramos a uno de estos hermanos, si somos capaces de reconocer en él el rostro de Dios: ¿somos capaces de hacer esto?

De este modo Jesús ofrece a cada hombre el criterio fundamental sobre el cual edificar la propia vida. Pero Él, sobre todo, nos donó el Espíritu Santo, que nos permite amar a Dios y al prójimo como Él, con corazón libre y generoso. Por intercesión de María, nuestra Madre, abrámonos para acoger este don del amor, para caminar siempre en esta ley de los dos rostros, que son un rostro solo: la ley del amor.

\*\*\*

## **Amor a Dios y al prójimo para vencer los pecados de la idolatría y de la hipocresía**

**15 de octubre de 2013**

Hipocresía e idolatría “son pecados grandes” que tienen orígenes históricos, pero que todavía hoy se repiten con frecuencia, también entre los cristianos. Superarlos “es muy difícil”: para hacerlo “necesitamos de la gracia de Dios”. Es la reflexión sugerida por el Papa Francisco.

“El Señor —recordó— nos ha dicho que el primer mandamiento es adorar a Dios, amar a Dios. El segundo es amar al prójimo como a uno mismo. La liturgia hoy nos habla de dos vicios contra estos mandamientos”, que en realidad es uno solo: amar a Dios y al prójimo. Y los vicios de los que se habla efectivamente “son pecados grandes: la idolatría y la hipocresía”. El apóstol Pablo —observó el Pontífice— no ahorra palabras para describir la idolatría. Es “fugoso”, “fuerte” y dice: “la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad, porque la idolatría es una impiedad, es una falta de *pietas*. Es una falta de ese sentido de adorar a Dios que todos nosotros tenemos dentro. Y la ira de Dios se revela contra toda impiedad, contra los hombres que sofocan la verdad en la injusticia”. Ellos sofocan la verdad de la fe, de aquella fe “que nos es dada en Jesucristo, en la cual se revela la justicia de Dios”. Es —prosiguió el Papa— como un camino de fe en fe “como decía a menudo Juan: gracia sobre gracia, de fe en fe. El camino de la fe”. Pero todos nosotros “tenemos necesidad de adorar, porque tenemos la huella de Dios dentro de nosotros” y “cuando no adoramos a Dios, adoramos a las criaturas” y éste es “el paso de la fe a la idolatría”.

Los idólatras “no tienen ningún motivo de excusa. Aun habiendo conocido a Dios —subrayó el Obispo de Roma— no le han glorificado, ni le han dado gracias como Dios”. ¿Pero cuál es el camino de los idólatras? Lo dice muy claramente san Pablo a los romanos. Es un camino que lleva a extraviarse: “se han perdido en sus vanos razonamientos y su mente obtusa se ha entenebrecido”. A esto conduce “el egoísmo del propio pensamiento, el pensamiento omnipotente” que dice que “lo que yo pienso es verdad, yo pienso la verdad, yo hago la verdad con mi pensamiento”. Y precisamente mientras se declaraban sabios, los hombres de los que habla san Pablo “se hicieron necios. Y cambiaron la gloria de Dios incorruptible con una imagen y una figura de hombre corruptible, de pájaros, de cuadrúpedos, de reptiles”.

Se podría pensar —advirtió el Papa— que se trata de actitudes del pasado: “hoy ninguno de nosotros va por las calles adorando estatuas”. Pero no es así, porque “también hoy —dijo— hay muchos ídolos y también hoy hay muchos idólatras. Muchos que se creen sabios, también entre nosotros, entre los cristianos”. Y añadió inmediatamente: “No hablo de quienes no son cristianos; les

respeto. Pero entre nosotros hablamos en familia”. Muchos cristianos, de hecho, “se creen sabios, saben todo”, pero al final “se hacen necios y cambian la gloria de Dios, incorruptible, con una imagen: el propio yo”, con las propias ideas, con la propia comodidad. Y no es algo de otros tiempos porque “también hoy –evidenció el Pontífice– por las calles existen ídolos”.

Pero hay más –añadió–: “todos nosotros tenemos dentro algún ídolo oculto. Y podemos preguntarnos ante Dios cuál es mi ídolo oculto, el que ocupa el lugar del Señor. Un escritor francés, muy religioso, se enfadaba fácilmente. Era su defecto, se enfadaba fácilmente y a menudo. Decía: quien no reza a Dios, reza al diablo. Si tú no adoras a Dios, adoras a un ídolo, ¡siempre!”. La necesidad del hombre de adorar a Dios, que nace del hecho de llevar impresa dentro de nosotros su “huella”, es tal “que si no existe el Dios viviente, estarán estos ídolos”. Y concluyendo, de modo casi provocador, el Papa pidió a todos que hicieran un examen de conciencia con la pregunta: “¿cuál es mi ídolo?”.

El otro pecado “contra el primer mandamiento del que habla la liturgia de hoy es la hipocresía”, prosiguió el Santo Padre. El punto de partida para esta ulterior reflexión lo ofreció el relato de Lucas que habla de “aquel hombre que invita a Jesús a comer y se escandaliza porque no se lava las manos” y piensa que Jesús es un “injusto” porque “no realiza lo que debe cumplirse”. Y así “como Pablo no ahorra palabras contra los idólatras –notó el Santo Padre–, así Jesús no ahorra palabras contra los hipócritas: vosotros fariseos limpiáis el exterior del vaso y del plato, pero vuestro interior está lleno de aidez y maldad. ¡Es clarísimo! Sois ávidos y malos, necios”. Usa “la misma palabra que Pablo dice de los idólatras: se han hecho necios, necios. ¿Y qué consejo da Jesús? Dad más bien en limosna lo que está dentro del plato y he aquí que para vosotros todo será más puro”.

Jesús aconseja por lo tanto “no mirar las apariencias”, sino ir al corazón de la verdad: “el plato es el plato, pero es más importante lo que está dentro del plato: el alimento. Pero si tú eres un vanidoso, si tú eres un carrierista, si tú eres un ambicioso, si tú eres una persona que siempre se vanagloria de sí misma o a quien gusta jactarse, porque te crees perfecto, da un poco de limosna y ella curará tu hipocresía”.

“He aquí el camino del Señor –concluyó el Papa–: adorar a Dios, amar a Dios por encima de todo, y amar al prójimo. Es muy sencillo, pero muy difícil. Se puede hacer sólo con la gracia. Pidamos la gracia”.

\*\*\*

## **El amor no es una telenovela**

**9 de enero de 2014**

El amor verdadero no es el de las telenovelas. No está hecho de ilusiones. El verdadero amor es concreto, se centra en los hechos y no en las palabras; en el dar y no en la búsqueda de beneficios. La receta espiritual para vivir el amor hasta el extremo está en el verbo “permanecer”, un “doble permanecer: nosotros en Dios y Dios en nosotros”.

El Papa Francisco, en la misa del jueves 9 de enero, indicó en la persona de Jesucristo, Verbo de Dios hecho hombre, el fundamento único del amor verdadero. Ésta es la verdad, dijo, “la clave para la vida cristiana”, “el criterio” del amor.

Como es costumbre, el Pontífice si inspiró para su meditación en la liturgia del día, en especial en la primera lectura (Jn 4, 11-18), donde se encuentra más de una vez una palabra decisiva: “permanecer”. El apóstol Juan, dijo el Papa, “nos dice muchas veces que debemos permanecer en el Señor. Y nos dice también que el Señor permanece en nosotros”. En esencia afirma “que la vida

cristiana es precisamente “permanecer”, este doble permanecer: nosotros en Dios y Dios en nosotros”. Pero “no permanecer en el espíritu del mundo, no permanecer en la superficialidad, no permanecer en la idolatría, no permanecer en la vanidad. No, permanecer en el Señor. Y el Señor, explicó el Papa, “corresponde a esta” actitud nuestra, y, así, “Él permanece en nosotros”. Es más, es “Él quien permanece antes en nosotros”, que, por el contrario, “muchas veces lo sacamos fuera” y así “no podemos permanecer en Él”.

“Quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios permanece en él” escribe una vez más Juan que, afirmó el Papa, nos dice en la práctica cómo “este permanecer es lo mismo que permanecer en el amor”. Y es una “cosa hermosa oír esto del amor”, añadió, alertando: “Mirad que el amor del que habla Juan no es el amor de las telenovelas. No, es otra cosa”. En efecto, explicó el Pontífice, “el amor cristiano tiene siempre una cualidad: lo concreto. El amor cristiano es concreto. Jesús mismo, cuando habla del amor, nos habla de cosas concretas: dar de comer a los hambrientos, visitar a los enfermos”. Son todas “cosas concretas” porque, precisamente “el amor es concreto”. Es “lo concreto de la vida cristiana”.

Así, el Papa Francisco advirtió: “cuando no existe lo concreto” se acaba por “vivir un cristianismo de ilusiones, porque no se comprende bien dónde está el centro del mensaje de Jesús”. El amor “no llega a ser concreto” y se convierte en “un amor de ilusiones”. Es una “ilusión” también la que “tenían los discípulos cuando, mirando a Jesús, creían que fuese un fantasma” como relata el pasaje evangélico de Marcos (Mc 6, 45-52). Pero, comentó el Papa, “un amor de ilusiones, no concreto, no nos hace bien”.

“¿Pero cuándo sucede esto?”, fue la pregunta del Papa para comprender cómo se cae en la ilusión y no en lo concreto. Y la respuesta, dijo, se encuentra muy clara en el Evangelio. Cuando los discípulos piensan que ven a un fantasma, explicó el Pontífice citando el texto, “dentro de sí estaban fuertemente asombrados porque no habían comprendido el hecho de los panes, la multiplicación de los panes: su corazón estaba endurecido”. Y “si tú tienes el corazón endurecido, no puedes amar. Y piensas que el amor es imaginarse las cosas. No, el amor es concreto”.

Hay un criterio fundamental para vivir de verdad el amor. “El criterio del permanecer en el Señor y el Señor en nosotros –afirmó el Papa– y el criterio de lo concreto en la vida cristiana es lo mismo, siempre: el Verbo vino en la carne”. El criterio es la fe en la “encarnación del Verbo, Dios hecho hombre”. Y “no existe un cristianismo auténtico sin este fundamento. La clave de la vida cristiana es la fe en Jesucristo, Verbo de Dios hecho hombre”.

El Papa Francisco sugirió también el modo de “conocer” el estilo del amor concreto, explicando que “hay algunas consecuencias de este criterio”. Y propuso dos de ellas. La primera es que “el amor está más en las obras que en las palabras. Jesús mismo lo dijo: no los que me dicen “Señor, Señor”, los que hablan mucho, entrarán en el Reino de los cielos; sino aquellos que cumplen la voluntad de Dios”. Es la invitación, por lo tanto, a ser “concretos” cumpliendo “las obras de Dios”.

Hay una pregunta que cada uno debe hacerse a sí mismo: “Si yo permanezco en Jesús, permanezco en el Señor, permanezco en el amor, ¿qué hago por Dios –no lo que pienso o lo que digo– y qué hago por los demás?”. Por lo tanto, “el primer criterio es amar con las obras, no con las palabras”. Las palabras, por lo demás, “se las lleva el viento: hoy están, mañana ya no están”.

El “segundo criterio de lo concreto” propuesto por el Papa es: “en el amor es más importante dar que recibir”. La persona “que ama da, da cosas, da vida, se entrega a sí mismo a Dios y a los demás”. En cambio la persona “que no ama y que es egoísta busca siempre recibir. Busca siempre

tener cosas, tener ventajas. He aquí, entonces, el consejo espiritual de “permanecer con el corazón abierto, no como el de los discípulos que estaba cerrado” y les llevaba a no comprender. Se trata, afirmó una vez más el Papa, de “permanecer en Dios”, así “Dios permanece en nosotros. Y permanecer en el amor”.

El único “criterio para permanecer está en nuestra fe en Jesucristo Verbo de Dios hecho carne: precisamente el misterio que celebramos en este tiempo”. Y luego volvió a afirmar que “las dos consecuencias prácticas de este modo concreto de vida cristiana, de este criterio, son que el amor está más en las obras que en las palabras; y que el amor está más en dar que en recibir”.

Precisamente “mirando al Niño, en estos tres últimos días del tiempo de Navidad”, mirando al Verbo que se hizo carne”, el Papa Francisco concluyó la homilía invitando a renovar “nuestra fe en Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre. Pidamos la gracia –deseó– de que nos conceda este modo concreto de amor cristiano para permanecer siempre en el amor” y de hacer lo posible para que “Él permanezca en nosotros”.

---

## **BENEDICTO XVI - Homilía del 26 de octubre de 2008**

### **Misa conclusiva de la XII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, sobre “La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia”**

#### **La escucha amorosa de la Palabra de Dios y el servicio desinteresado a los hermanos**

*Hermanos en el episcopado y en el sacerdocio;  
queridos hermanos y hermanas:*

La Palabra del Señor, que se acaba de proclamar en el Evangelio, nos ha recordado que el amor es el compendio de toda la Ley divina. El evangelista san Mateo narra que los fariseos, después de que Jesús respondiera a los saduceos dejándolos sin palabras, se reunieron para ponerlo a prueba (cf. *Mt* 22, 34-35). Uno de ellos, un doctor de la ley, le preguntó: “Maestro, ¿cuál es el mandamiento mayor de la Ley?” (*Mt* 22, 36). La pregunta deja adivinar la preocupación, presente en la antigua tradición judaica, por encontrar un principio unificador de las diversas formulaciones de la voluntad de Dios. No era una pregunta fácil, si tenemos en cuenta que en la Ley de Moisés se contemplan 613 preceptos y prohibiciones. ¿Cómo discernir, entre todos ellos, el mayor? Pero Jesús no titubea y responde con prontitud: “Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el mayor y el primer mandamiento” (*Mt* 22, 37-38).

En su respuesta, Jesús cita el *Shemá*, la oración que el israelita piadoso reza varias veces al día, sobre todo por la mañana y por la tarde (cf. *Dt* 6, 4-9; 11, 13-21; *Nm* 15, 37-41): la proclamación del amor íntegro y total que se debe a Dios, como único Señor. Con la enumeración de las tres facultades que definen al hombre en sus estructuras psicológicas profundas: corazón, alma y mente, se pone el acento en la totalidad de esta entrega a Dios. El término mente, *diánoia*, contiene el elemento racional. Dios no es solamente objeto del amor, del compromiso, de la voluntad y del sentimiento, sino también del intelecto, que por tanto no debe ser excluido de este ámbito. Más aún, es precisamente nuestro pensamiento el que debe conformarse al pensamiento de Dios.

Sin embargo, Jesús añade luego algo que, en verdad, el doctor de la ley no había pedido: “El segundo es semejante a este: Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (*Mt* 22, 39). El aspecto sorprendente de la respuesta de Jesús consiste en el hecho de que establece una relación de semejanza entre el primer mandamiento y el segundo, al que define también en esta ocasión con una fórmula bíblica tomada del código levítico de santidad (cf. *Lv* 19, 18). De esta forma, en la

conclusión del pasaje los dos mandamientos se unen en el papel de principio fundamental en el que se apoya toda la Revelación bíblica: “De estos dos mandamientos penden toda la Ley y los Profetas” (Mt 22, 40).

La página evangélica sobre la que estamos meditando subraya que ser discípulos de Cristo es poner en práctica sus enseñanzas, que se resumen en el primero y mayor de los mandamientos de la Ley divina, el mandamiento del amor. También la primera Lectura, tomada del libro del Éxodo, insiste en el deber del amor, un amor testimoniado concretamente en las relaciones entre las personas: tienen que ser relaciones de respeto, de colaboración, de ayuda generosa. El prójimo al que debemos amar es también el forastero, el huérfano, la viuda y el indigente, es decir, los ciudadanos que no tienen ningún “defensor”. El autor sagrado se detiene en detalles particulares, como en el caso del objeto dado en prenda por uno de estos pobres (cf. Ex 22, 25-26). En este caso es Dios mismo quien se hace cargo de la situación de este prójimo.

En la segunda Lectura podemos ver una aplicación concreta del mandamiento supremo del amor en una de las primeras comunidades cristianas. San Pablo, escribiendo a los Tesalonicenses, les da a entender que, aunque los conozca desde hace poco, los aprecia y los lleva con cariño en su corazón. Por este motivo los señala como “modelo para todos los creyentes de Macedonia y de Acaya” (1 Ts 1, 7). Por supuesto, no faltan debilidades y dificultades en aquella comunidad fundada hacía poco tiempo, pero el amor todo lo supera, todo lo renueva, todo lo vence: el amor de quien, consciente de sus propios límites, sigue dócilmente las palabras de Cristo, divino Maestro, transmitidas a través de un fiel discípulo suyo.

“Vosotros seguisteis nuestro ejemplo y el del Señor —escribe san Pablo—, acogiendo la Palabra en medio de grandes pruebas”. “Partiendo de vosotros —prosigue el Apóstol—, ha resonado la Palabra del Señor y vuestra fe en Dios se ha difundido no sólo en Macedonia y en Acaya, sino por todas partes” (1 Ts 1, 6.8). La lección que sacamos de la experiencia de los Tesalonicenses, experiencia que en verdad se realiza en toda auténtica comunidad cristiana, es que el amor al prójimo nace de la escucha dócil de la Palabra divina. Es un amor que acepta también pruebas duras por la verdad de la Palabra divina; y precisamente así crece el amor verdadero y la verdad brilla con todo su esplendor. ¡Qué importante es, por tanto, escuchar la Palabra y encarnarla en la existencia personal y comunitaria!

En esta celebración eucarística, con la que concluyen los trabajos sinodales, advertimos de manera singular el especial vínculo que existe entre la *escucha amorosa de la Palabra de Dios* y el *servicio desinteresado a los hermanos*. ¡Cuántas veces, durante los días pasados, hemos escuchado experiencias y reflexiones que ponen de relieve la necesidad, hoy cada vez mayor, de escuchar más íntimamente a Dios, de conocer más profundamente su Palabra de salvación, de compartir más sinceramente la fe que se alimenta constantemente en la mesa de la Palabra divina!

Queridos y venerados hermanos, gracias por la contribución que cada uno de vosotros ha dado a la profundización del tema del Sínodo: “La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia”. Os saludo a todos con afecto. Dirijo un saludo especial a los señores cardenales presidentes delegados del Sínodo y al secretario general, a quienes agradezco su constante dedicación. Os saludo a vosotros, queridos hermanos y hermanas, que habéis venido de todos los continentes aportando vuestra enriquecedora experiencia. Cuando regreséis a casa, transmitid a todos el saludo afectuoso del Obispo de Roma. Saludo a los delegados fraternos, a los expertos, a los auditores y a los invitados especiales, a los miembros de la Secretaría general del Sínodo y a los que se han ocupado de las relaciones con la prensa.

Todos los que hemos participado en los trabajos sinodales llevamos la renovada conciencia de que la tarea prioritaria de la Iglesia, al inicio de este nuevo milenio, consiste ante todo en alimentarse de la Palabra de Dios, para hacer eficaz el compromiso de la nueva evangelización, del anuncio en nuestro tiempo. Ahora es necesario que esta experiencia eclesial sea llevada a todas las comunidades; es preciso que se comprenda la necesidad de traducir en gestos de amor la Palabra escuchada, porque sólo así se vuelve creíble el anuncio del Evangelio, a pesar de las fragilidades humanas que marcan a las personas. Esto exige, en primer lugar, un conocimiento más íntimo de Cristo y una escucha siempre dócil de su Palabra.

En este Año paulino, haciendo nuestras las palabras del Apóstol: “Ay de mí si no predicara el Evangelio” (1 Co 9, 16), deseo de corazón que en cada comunidad se sienta con una convicción más fuerte este anhelo de san Pablo como vocación al servicio del Evangelio para el mundo. Al inicio de los trabajos sinodales recordé la llamada de Jesús: “La mies es mucha” (Mt 9, 37), llamada a la cual nunca debemos cansarnos de responder, a pesar de las dificultades que podamos encontrar. Mucha gente está buscando, a veces incluso sin darse cuenta, el encuentro con Cristo y con su Evangelio; muchos sienten la necesidad de encontrar en él el sentido de su vida. Por tanto, dar un testimonio claro y compartido de una vida según la Palabra de Dios, atestiguada por Jesús, se convierte en un criterio indispensable de verificación de la misión de la Iglesia.

Las lecturas que la liturgia ofrece hoy a nuestra meditación nos recuerdan que la plenitud de la Ley, como la de todas las Escrituras divinas, es el amor. Por eso, quien cree haber comprendido las Escrituras, o por lo menos alguna parte de ellas, sin comprometerse a construir, mediante su inteligencia, el doble amor a Dios y al prójimo, demuestra en realidad que está todavía lejos de haber captado su sentido profundo. Pero, ¿cómo poner en práctica este mandamiento?, ¿cómo vivir el amor a Dios y a los hermanos sin un contacto vivo e intenso con las Sagradas Escrituras?

El concilio Vaticano II afirma que “los fieles han de tener fácil acceso a la Sagrada Escritura” (*Dei Verbum*, 22) para que las personas, cuando encuentren la verdad, puedan crecer en el amor auténtico. Se trata de un requisito que hoy es indispensable para la evangelización. Y, ya que el encuentro con la Escritura a menudo corre el riesgo de no ser “un hecho” de Iglesia, sino que está expuesto al subjetivismo y a la arbitrariedad, resulta indispensable una *promoción pastoral intensa y creíble del conocimiento de la Sagrada Escritura*, para anunciar, celebrar y vivir la Palabra en la comunidad cristiana, dialogando con las culturas de nuestro tiempo, poniéndose al servicio de la verdad y no de las ideologías del momento e incrementando el diálogo que Dios quiere tener con todos los hombres (cf. *ib.*, 21).

Con esta finalidad es preciso prestar atención especial a la preparación de los pastores, que luego dirigirán la necesaria acción de difundir la práctica bíblica con los subsidios oportunos. Es preciso estimular los esfuerzos que se están llevando a cabo para suscitar el movimiento bíblico entre los laicos, la formación de animadores de grupos, con especial atención hacia los jóvenes. Debe sostenerse el esfuerzo por dar a conocer la fe a través de la Palabra de Dios, también a los “alejados” y especialmente a los que buscan con sinceridad el sentido de la vida.

Se podrían añadir otras muchas reflexiones, pero me limito, por último, a destacar que *el lugar privilegiado en el que resuena la Palabra de Dios*, que edifica la Iglesia, como se dijo en el Sínodo, es sin duda la liturgia. En la liturgia se pone de manifiesto que la *Biblia es el libro de un pueblo y para un pueblo*; una herencia, un testamento entregado a los lectores, para que actualicen en su vida la historia de la salvación testimoniada en lo escrito. Existe, por tanto, una relación de recíproca y vital dependencia entre pueblo y Libro: la Biblia es un Libro vivo con el pueblo, su sujeto, que lo lee; el pueblo no subsiste sin el Libro, porque en él encuentra su razón de ser, su



vocación, su identidad. Esta mutua dependencia entre pueblo y Sagrada Escritura se celebra en cada asamblea litúrgica, la cual, gracias al Espíritu Santo, escucha a Cristo, ya que es él quien habla cuando en la Iglesia se lee la Escritura y se acoge la alianza que Dios renueva con su pueblo. Así pues, Escritura y liturgia convergen en el único fin de llevar al pueblo al diálogo con el Señor y a la obediencia a su voluntad. La Palabra que sale de la boca de Dios y que testimonian las Escrituras regresa a él en forma de respuesta orante, de respuesta vivida, de respuesta que brota del amor (cf. *Is* 55, 10-11).

Queridos hermanos y hermanas, oremos para que de la escucha renovada de la Palabra de Dios, bajo la acción del Espíritu Santo, brote una auténtica renovación de la Iglesia universal en todas las comunidades cristianas. María santísima, que ofreció su vida como “esclava del Señor” para que todo se cumpliera en conformidad con la divina voluntad (cf. *Lc* 1, 38) y que exhortó a hacer todo lo que dijera Jesús (cf. *Jn* 2, 5), nos enseñe a reconocer en nuestra vida el primado de la Palabra, la única que nos puede dar la salvación. Así sea.

---

## **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**

### **CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA**

#### **Los Diez Mandamientos interpretados a través de un doble amor**

##### **“Maestro, ¿qué he de hacer...?”**

**2052.** “Maestro, ¿qué he de hacer yo de bueno para conseguir la vida eterna?” Al joven que le hace esta pregunta, Jesús responde primero invocando la necesidad de reconocer a Dios como “el único Bueno”, como el Bien por excelencia y como la fuente de todo bien. Luego Jesús le declara: “Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos”. Y cita a su interlocutor los preceptos que se refieren al amor del prójimo: “No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no levantarás testimonio falso, honra a tu padre y a tu madre”. Finalmente, Jesús resume estos mandamientos de una manera positiva: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (*Mt* 19,16-19).

**2053.** A esta primera respuesta se añade una segunda: “Si quieres ser perfecto, vete, vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; luego ven, y sígueme” (*Mt* 19,21). Esta respuesta no anula la primera. El seguimiento de Jesucristo comprende el cumplir los mandamientos. La Ley no es abolida (cf *Mt* 5,17), sino que el hombre es invitado a encontrarla en la Persona de su Maestro, que es quien le da la plenitud perfecta. En los tres evangelios sinópticos la llamada de Jesús, dirigida al joven rico, de seguirle en la obediencia del discípulo, y en la observancia de los preceptos, es relacionada con el llamamiento a la pobreza y a la castidad (cf *Mt* 19,6-12. 21. 23-29). Los consejos evangélicos son inseparables de los mandamientos.

**2054.** Jesús recogió los diez mandamientos, pero manifestó la fuerza del Espíritu operante ya en su letra. Predicó la “justicia que sobrepasa la de los escribas y fariseos” (*Mt* 5,20), así como la de los paganos (cf *Mt* 5,46-47). Desarrolló todas las exigencias de los mandamientos: “habéis oído que se dijo a los antepasados: No matarás...Pues yo os digo: Todo aquel que se encolerice contra su hermano, será reo ante el tribunal” (*Mt* 5,21-22).

**2055.** Cuando le hacen la pregunta “¿cuál es el mandamiento mayor de la Ley?” (*Mt* 22,36), Jesús responde: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el mayor y el primer mandamiento. El segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos penden toda la Ley y los Profetas” (*Mt* 22,37-40; cf *Dt* 6,5; *Lv*

19,18). El Decálogo debe ser interpretado a la luz de este doble y único mandamiento de la caridad, plenitud de la Ley:

En efecto, lo de: No adulterarás, no matarás, no robarás, no codiciarás y todos los demás preceptos, se resumen en esta fórmula: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. La caridad no hace mal al prójimo. La caridad es, por tanto, la ley en su plenitud (Rm 13,9-10).

### **El Decálogo en la Sagrada Escritura**

**2056.** La palabra “Decálogo” significa literalmente “diez palabras” (Ex 34,28; Dt 4,13; 10,4). Estas “diez palabras” Dios las reveló a su pueblo en la montaña santa. Las escribió “con su Dedo” (Ex 31,18; Dt 5,22), a diferencia de los otros preceptos escritos por Moisés (cf Dt 31,9.24). Constituyen palabras de Dios en un sentido eminente. Son transmitidas en los libros del Exodo (cf Ex 20,1-17) y del Deuteronomio (cf Dt 5,6-22). Ya en el Antiguo Testamento, los libros santos hablan de las “diez palabras” (cf por ejemplo, Os 4,2; Jr 7,9; Ez 18,5-9); pero es en la nueva Alianza en Jesucristo donde será revelado su pleno sentido.

**2057.** El Decálogo se comprende mejor cuando se lee en el contexto del Exodo, que es el gran acontecimiento liberador de Dios en el centro de la antigua Alianza. Las “diez palabras”, bien sean formuladas como preceptos negativos, prohibiciones o bien como mandamientos positivos (como “honra a tu padre y a tu madre”), indican las condiciones de una vida liberada de la esclavitud del pecado. El Decálogo es un camino de vida:

*Si amas a tu Dios, si sigues sus caminos y guardas sus mandamientos, sus preceptos y sus normas, vivirás y te multiplicarás” (Dt 30,16).*

Esta fuerza liberadora del Decálogo aparece, por ejemplo, en el mandamiento del descanso del sábado, destinado también a los extranjeros y a los esclavos:

*Acuérdate de que fuiste esclavo en el país de Egipto y de que tu Dios te sacó de allí con mano fuerte y con tenso brazo (Dt 5,15).*

**2058.** Las “diez palabras” resumen y proclaman la ley de Dios: “Estas palabras dijo el Señor a toda vuestra asamblea, en la montaña, de en medio del fuego, la nube y la densa niebla, con voz potente, y nada más añadió. Luego las escribió en dos tablas de piedra y me las entregó a mí” (Dt 5,22). Por eso estas dos tablas son llamadas “el Testimonio” (Ex 25,16), pues contienen las cláusulas de la Alianza establecida entre Dios y su pueblo. Estas “tablas del Testimonio” (Ex 31,18; 32,15; 34,29) se deben depositar en el “arca” (Ex 25,16; 40,1-2).

**2059.** Las “diez palabras” son pronunciadas por Dios dentro de una teofanía (“el Señor os habló cara a cara en la montaña, en medio del fuego”: Dt 5,4). Pertenecen a la revelación que Dios hace de sí mismo y de su gloria. El don de los mandamientos es don de Dios y de su santa voluntad. Dando a conocer su voluntad, Dios se revela a su pueblo.

**2060.** El don de los mandamientos de la ley forma parte de la Alianza sellada por Dios con los suyos. Según el libro del Exodo, la revelación de las “diez palabras” es concedida entre la proposición de la Alianza (cf Ex 19) y su conclusión (cf. Ex 24), después que el pueblo se comprometió a “hacer” todo lo que el Señor había dicho y a “obedecerlo” (Ex 24,7). El Decálogo es siempre transmitido tras el recuerdo de la Alianza (“el Señor, nuestro Dios, estableció con nosotros una alianza en Horeb”: Dt 5,2).

### **La acción moral es la respuesta a la iniciativa del amor de Dios**

**2061.** Los mandamientos reciben su plena significación en el interior de la Alianza. Según la

Escritura, el obrar moral del hombre adquiere todo su sentido en y por la Alianza. La primera de las “diez palabras” recuerda el amor primero de Dios hacia su pueblo:

*Como había habido, en castigo del pecado, paso del paraíso de la libertad a la servidumbre de este mundo, por eso la primera frase del Decálogo, primera palabra de los mandamientos de Dios, se refiere a la libertad: “yo soy el Señor tu Dios, que te sacó de la tierra de Egipto, de la casa de servidumbre” (Ex 20,2; Dt 5,6) (Orígenes, hom. in Ex. 8,1).*

**2062.** Los mandamientos propiamente dichos vienen en segundo lugar. Expresan las implicaciones de la pertenencia a Dios instituida por la Alianza. La existencia moral es respuesta a la iniciativa amorosa del Señor. Es reconocimiento, homenaje a Dios y culto de acción de gracias. Es cooperación al plan que Dios realiza en la historia.

**2063.** La alianza y el diálogo entre Dios y el hombre están también confirmados por el hecho de que todas las obligaciones se enuncian en primera persona (“Yo soy el Señor...”) y están dirigidas a otro sujeto (“tú”). En todos los mandamientos de Dios hay un pronombre personal singular que designa el destinatario. Al mismo tiempo que a todo el pueblo, Dios da a conocer su voluntad a cada uno en particular:

*El Señor prescribió el amor a Dios y enseñó la justicia para con el prójimo a fin de que el hombre no fuese ni injusto, ni indigno de Dios. Así, por el Decálogo, Dios preparaba al hombre para ser su amigo y tener un solo corazón con su prójimo...Las palabras del Decálogo persisten también entre nosotros (cristianos). Lejos de ser abolidas, han recibido amplificación y desarrollo por el hecho de la venida del Señor en la carne (S. Ireneo, haer. 4,16,3-4).*

### **El Decálogo en la Tradición de la Iglesia**

**2064.** Fiel a la Escritura y siguiendo el ejemplo de Jesús, la Tradición de la Iglesia ha reconocido en el Decálogo una importancia y una significación primordiales.

**2065.** Desde S. Agustín, los “diez mandamientos” ocupan un lugar preponderante en la catequesis de los futuros bautizados y de los fieles. En el siglo quince se tomó la costumbre de expresar los preceptos del Decálogo en fórmulas rimadas, fáciles de memorizar, y positivas. Estas fórmulas están todavía en uso hoy. Los catecismos de la Iglesia han expuesto con frecuencia la moral cristiana siguiendo el orden de los “diez mandamientos”.

**2066.** La división y numeración de los mandamientos ha variado en el curso de la historia. El presente catecismo sigue la división de los mandamientos establecida por S. Agustín y que se hizo tradicional en la Iglesia católica. Es también la de las confesiones luteranas. Los Padres griegos realizaron una división algo distinta que se encuentra en las Iglesias ortodoxas y las comunidades reformadas.

**2067.** Los diez mandamientos enuncian las exigencias del amor de Dios y del prójimo. Los tres primeros se refieren más al amor de Dios y los otros siete más al amor del prójimo.

*Como la caridad comprende dos preceptos en los que el Señor condensa toda la ley y los profetas..., así los diez preceptos se dividen en dos tablas: tres están escritos en una tabla y siete en la otra (S. Agustín, serm. 33,2,2).*

**2068.** El Concilio de Trento enseña que los diez mandamientos obligan a los cristianos y que el hombre justificado está también obligado a observarlos (cf DS 1569-70). Y el Concilio Vaticano II lo afirma: “Los obispos, como sucesores de los apóstoles, reciben del Señor...la misión de enseñar a todos los pueblos y de predicar el Evangelio a todo el mundo para que todos los hombres, por la fe,

el bautismo y el cumplimiento de los mandamientos, consigan la salvación” (LG 24).

### **La unidad del Decálogo**

**2069.** El Decálogo forma un todo indisociable. Cada una de las “diez palabras” remite a cada una de las demás y al conjunto; se condicionan recíprocamente. Las dos tablas se iluminan mutuamente; forman una unidad orgánica. Transgredir un mandamiento es quebrantar todos los otros (cf St 2,10-11). No se puede honrar a otro sin bendecir a Dios su Creador. No se podría adorar a Dios sin amar a todos los hombres, sus criaturas. El Decálogo unifica la vida teológica y la vida social del hombre.

### **El Decálogo y la ley natural**

**2070.** Los diez mandamientos pertenecen a la revelación de Dios. Nos enseñan al mismo tiempo la verdadera humanidad del hombre. Ponen de relieve los deberes esenciales y, por tanto, indirectamente los derechos fundamentales, inherentes a la naturaleza de la persona humana. El Decálogo contiene una expresión privilegiada de la “ley natural”:

*Desde el comienzo, Dios había puesto en el corazón de los hombres los preceptos de la ley natural. Primeramente se contentó con recordárselos. Esto fue el Decálogo (S. Ireneo, haer. 4, 15, 1).*

**2071.** Aunque accesibles a la sola razón, los preceptos del Decálogo han sido revelados. Para alcanzar un conocimiento completo y cierto de las exigencias de la ley natural, la humanidad pecadora necesitaba esta revelación:

*En el estado de pecado, una explicación plena de los mandamientos del Decálogo resultó necesaria a causa del oscurecimiento de la luz de la razón y la desviación de la voluntad (S. Buenaventura, sent. 4, 37, 1, 3).*

Conocemos los mandamientos de la ley de Dios por la revelación divina que nos es propuesta en la Iglesia, y por la voz de la conciencia moral.

### **La obligación del Decálogo**

**2072.** Los diez mandamientos, por expresar los deberes fundamentales del hombre hacia Dios y hacia su prójimo, revelan en su contenido primordial obligaciones graves. Son básicamente inmutables y su obligación vale siempre y en todas partes. Nadie podría dispensar de ellos. Los diez mandamientos están gravados por Dios en el corazón del ser humano.

**2073.** La obediencia a los mandamientos implica también obligaciones cuya materia es en sí misma leve. Así, la injuria en palabra está prohibida por el quinto mandamiento, pero sólo podría ser una falta grave en función de las circunstancias o de la intención del que la profiere.

### **“Sin mí no podéis hacer nada”**

**2074.** Jesús dice: “Yo soy la vid; vosotros los sarmientos. El que permanece en mí como yo en él, ése da mucho fruto; porque sin mí no podéis hacer nada” (Jn 15,5). El fruto evocado en estas palabras es la santidad de una vida fecundada por la unión con Cristo. Cuando creemos en Jesucristo, participamos en sus misterios y guardamos sus mandamientos, el Salvador mismo ama en nosotros a su Padre y a sus hermanos, nuestro Padre y nuestros hermanos. Su persona viene a ser, por obra del Espíritu, la norma viva e interior de nuestro obrar. “Este es el mandamiento mío: que os améis los unos a los otros como yo os he amado” (Jn 15,12).

**RANIERO CANTALAMESSA ([www.cantalamessa.org](http://www.cantalamessa.org))**

**Amarás al prójimo como a ti mismo**

Un día, narra el fragmento evangélico de hoy, alguien preguntó a Jesús: «Maestro, ¿cuál es el mandamiento principal de la Ley?» Él respondió con las conocidas palabras:

«Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu ser. Este mandamiento es el principal y primero».

El que interrogaba podía sentirse satisfecho en este punto; le podía bastar. Pero, Jesús añade como con un solo suspiro, que hay un segundo mandamiento, «semejante al primero», esto es, inseparable de él, y es:

«Amarás a tu prójimo como a ti mismo».

¿Lo hacemos nosotros? No es sólo con el voto con lo que un cristiano puede contribuir al saneamiento de la vida política sino también con la oración.

Nosotros sabemos muy bien qué significa en cada mínima circunstancia amarnos a nosotros mismos y qué quisiéramos que los demás hicieran por nosotros. Añadiendo las palabras «como a ti mismo», Jesús nos ha puesto delante un espejo ante el que no podemos mentir; nos ha dado una medida infalible para descubrir si amamos o no al prójimo.

«Por tanto, todo cuanto queráis que os hagan los hombres, hacédselo también vosotros a ellos» (Mateo 7, 12).

No dice, si te va bien: «Lo que el otro hace contigo, hazlo tú también». Esto sería aún la ley del talión: «Ojo por ojo, diente por diente» (Deuteronomio 19,21). Dice, más bien: lo que tú quisieras que te hiciese el otro a ti, hazlo tú a él, que es bien distinto. ¡Cuántas cosas cambiarían en la familia y en la sociedad, si se buscara practicar esta norma, que viene llamada la «regla de oro» de la moral! Para hacerla, basta preguntarse, en cada situación: ¿si yo estuviese en su sitio y él en el mío, cómo quisiera yo que él se comportase conmigo?

Jesús consideraba el amor al prójimo como «su mandamiento», aquel en el que se resume toda la Ley. «Éste es el mandamiento mío: que os améis los unos a los otros como yo os he amado» (Juan 15, 12). Muchos identifican el cristianismo total o acabado con el precepto del amor al prójimo y no están del todo equivocados.

Debemos, sin embargo, buscar ahora caminar un poco más allá de la superficie de las cosas. Cuando se habla de amor al prójimo el pensamiento busca de inmediato las «obras» de caridad, las cosas que es necesario hacer para con el prójimo: darles de comer, de beber, visitarles; en suma, ayudar al prójimo. Pero, esto es un efecto del amor, no es todavía el mismo amor. Antes de la beneficencia viene la benevolencia; antes que hacer el bien, viene el querer bien.

La caridad, dice san Pablo, debe ser «sin fingimiento» (Romanos 12,9), esto es, sincera (a la letra, «sin hipocresía»). Se debe amar «sinceramente como hermanos» (1 Pedro 1,22). Como el vino para ser «auténtico o sincero» debe estar exprimido de la uva, sino está adulterado, así el amor debe provenir del corazón. Se puede, en efecto, hacer caridad y limosna por muchos motivos, que no tienen nada que ver con el amor: para hacerse agradables, para pasar como benefactores, para ganarse el paraíso, hasta por remordimiento de conciencia. Mucha de la caridad que hacemos a los países del tercer mundo no está dictada por el amor sino por el remordimiento. En efecto, nos damos cuenta de la diferencia escandalosa, que existe entre nosotros y ellos, y nos sentimos en parte

responsables de su miseria. ¡Se puede faltar a la caridad asimismo hasta «haciendo caridad»! San Pablo nos ha dejado un maravilloso elogio de la caridad:

«La caridad es paciente, es amable; la caridad no es envidiosa, no es jactanciosa, no se engríe; es decorosa; no busca su interés; no se irrita; no toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia; se alegra con la verdad. Todo lo excusa. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta» (1 Corintios 13, 4-7).

Nada hay en este texto que, de por sí, nos hable de las obras externas de caridad, las famosas obras de misericordia; todo se refiere, por el contrario, a las disposiciones interiores, que es necesario nutrir en las relaciones con el prójimo. Llega a decirnos que el mayor acto de caridad externo, distribuir los propios bienes a los pobres, no valdría nada sin la caridad, esto es, si no va acompañado de un auténtico querer bien.

Es claro que sería un error fatal contraponer entre sí el amor de corazón y la caridad de los hechos o refugiarse en las buenas disposiciones interiores hacia los demás para encontrar con ello una excusa a la propia falta de caridad efectiva y concreta. Si tú encuentras a un pobre con hambre y tiritando de frío, decía Santiago, a qué le va si le dices: «Id en paz, calentaos y hartaos, pero no les dais lo necesario para el cuerpo, ¿de qué sirve?» (2, 16).

«Hijos míos, no amemos de palabra ni con la boca, sino con obras y según la verdad» (1 Juan 3,18).

El amor es, en verdad, la solución universal. San Agustín ha escrito: «Ama y haz lo que quieras». ¡Máxima peligrosa! Cuántos jóvenes estarían dispuestos hoy a suscribirla, entendiéndola a su modo («Si se ama, todo es lícito...»). Pero, Agustín explica bien cómo se debe entender. Es imposible, dice, descubrir en cada momento cuál es lo justo, lo que hay que hacer en cada circunstancia: si callar o hablar, si dejar correr o corregir a una persona. Entonces, nos viene dada una regla, que vale para todos los casos: ¡Ama y haz lo que quieras! Si callas, calla por amor; si hablas, habla por amor; si corriges, corrige por amor. Preocúpate de que en tu corazón haya un verdadero amor para con la persona, porque después, cualquier cosa que hagas, será justa. En efecto, del amor no puede manifestarse más que el bien. «La caridad no hace mal al prójimo» (Romanos 13,10).

Esta caridad de corazón o interna es la caridad que todos y siempre podemos ejercitar, es universal. No es una caridad que algunos, los ricos y los sanos, pueden sólo dar y los demás, los pobres y los enfermos, sólo recibirla. Todos pueden hacerla y recibirla. Además, es concretísima. Se trata de comenzar a mirar con mirada nueva las situaciones y las personas con las que nos encontramos para vivir. ¿Qué mirada? Mas, es sencilla: ¡la mirada con que quisiéramos que Dios nos mirase! Mirada de excusa, de benevolencia, de comprensión, de perdón... No debiera ni siquiera ser tan difícil. Somos tan infelices, estamos tan solos frente al misterio del sufrimiento, de la enfermedad, de la muerte que debiéramos encontrar natural apiadarnos unos de otros, enternecernos y solidarizarnos entre nosotros en esta nuestra breve existencia.

Cuando esto sucede, cambian todas las relaciones. Ves derrumbarse, como por milagro, todos los motivos de prevención y de hostilidad, que te impedían antes amar a una determinada persona. Ella comienza a parecerte por lo que es en la realidad: una pobre criatura humana, que sufre por sus debilidades y sus límites, como tú, como todos. Lo ves como «¡aquel por quien murió Cristo!» (Romanos 14, 15). Te asombras hasta de no haberlo descubierto antes. Nosotros tendemos a poner una máscara sobre el rostro de las personas, a imponer etiquetas, clichés, a etiquetarlas. En aquel



momento, es como si la máscara viniese a caer y la persona nos apareciese tal como verdaderamente es.

Un escritor cristiano antiguo nos ha transmitido esta confianza. El evangelista Juan, llegado hasta una muy tardía edad, se hacía trasladar a las reuniones de los cristianos y allí, invitado a decir alguna palabra, repetía invariablemente: «¡Queridos, amémonos unos a otros, porque el amor es de Dios, y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios» (1 Juan 4, 7). A fuerza de oírle hablar así, un día algunos le dijeron: «Pero, Padre, tú has estado con Jesús y sabes muchas cosas de él; ¿cómo nos repites siempre la misma cosa?» Y Juan respondía: «Porque es el precepto del Señor y si lo ponemos en práctica, hemos puesto en práctica todo su Evangelio».

Hoy todos soñamos con un mundo reconciliado y en paz, en el que a cada persona le venga reconocida su dignidad y su puesto en la vida. Es lo que todos deseamos y esperamos. Pero, en este mundo no se realizará a escala universal si antes de ello no se realiza en el corazón de las personas. Es inútil que yo lo busque fuera de mí, si primero no busco instaurarlo dentro de mí y dentro de mi familia.

También, yo por esto, como el anciano evangelista Juan, al término de esta mi reflexión sobre la caridad, os repito: «¡Hijitos míos, hermanos, amémonos los unos a los otros porque el amor es de Dios y si ponemos en práctica este precepto habremos puesto en práctica todo el Evangelio».

---

**FLUVIUM ([www.fluvium.org](http://www.fluvium.org))**

### **La gran enseñanza**

Posiblemente nunca nos admiremos bastante de la virtud de Cristo, que le impulsa a amar siempre. En toda circunstancia busca el bien que lo demás. Un bien, por otra parte, que tiende a la vida eterna para el hombre. En esta escena que hoy consideramos, a partir de sus palabras que nos ofrece san Mateo, no parece preocuparse Jesús de si **el doctor de la ley, le preguntó para tentarle**. Le interesa, por encima de todo, dejar claro por siempre de qué se trata de modo decisivo para los hombres. De amar a Dios, responde con palabras del *Deuteronomio* que todo israelita conocía de memoria. Diríamos que su deseo de amarnos, de favorecernos, al margen de cualquier mérito humano, le hace no considerar las ofensas que recibe, de tanto como –ante todo– nos quiere.

Todo hombre siente insatisfacción en la vida presente, por grande que sea su bienestar. Tenemos, de hecho, reiterada experiencia, de la ineficacia de los esfuerzos –sólo humanos– para lograr esa plenitud de vida a la que tendemos por naturaleza, como un deseo inevitable, desde lo más profundo de nuestro ser. Una y otra vez intentamos satisfacernos siguiendo ese deseo innato, buscando tal vez lo que más nos deleita o aquello que pueda enriquecernos más... Tratamos de evitar todo lo que se opondría al logro de esos objetivos... Sin embargo, siempre es inútil. Aunque consigamos satisfacer nuestros precisos deseos de autocomplacencia, esa plenitud tan ansiada no llega. Siempre deseamos más.

En la Última Cena, abre Jesús su Corazón a los Apóstoles y se dirige a Dios Padre con las siguientes palabras: **Ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti el único Dios verdadero, y a Jesucristo a quien Tú has enviado**. Sólo Dios, encarnado para nuestra salvación, tiene la respuesta definitiva al enigma de la completa felicidad humana. No está –nos dice– en buscar algo para nosotros, como una cosa más de las necesarias o convenientes, que podríamos echar de menos. Esa vida plena tan ansiada, eterna la llama Jesús con toda precisión, sólo se consigue buscándole a Él. He aquí la gran enseñanza divina, la respuesta definitiva al interrogante del hombre de suyo satisfecho:

conocer a Dios, amarle por encima de todo. Se tratará, pues, de aplicarnos cada uno la lección recibida y, con la experiencia de esa vida eterna, que pronto se insinúa en el alma como un ideal accesible, casi sin querer, manifestaremos a nuestro alrededor esta experiencia inigualable.

A sus discípulos, a todos los que nos sabemos hijos de Dios, ha confiado la tarea de extender la salvación hasta el último rincón del planeta: **id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; y enseñándoles a guardar todo cuanto os he mandado.** Con lo que esta misión, que nos encomienda Jesucristo, queda convertida en una parte de lo que quiere que observemos en Él. Difundir el Evangelio, enseñando a otros la doctrina de Jesucristo, se hace imprescindible para alcanzar, no sólo la vida eterna al abandonar este mundo, sino la mayor felicidad posible en esta vida, pues el Señor –todo Amor– no nos pide algo si no es para nuestra felicidad.

Jesucristo es el único camino para la salvación eterna. Los hombres no pueden entrar en comunión con Dios, si no es por medio de Cristo. Esta mediación suya insustituible y universal, lejos de ser obstáculo en la marcha del hombre hacia Dios, es la vía ideal establecida por Dios mismo. Al querer Dios que le amemos, espera que lo hagamos como hombres, manifestando adhesión a la persona de Jesucristo que es Dios y hombre. Amar a Dios sobre todas las cosas, supone pues, verdadero afecto, cariño real como el que tenemos a las personas que más amamos; y también seguimiento eficaz, cumplir dócilmente su voluntad, con fortaleza si fuera preciso, para que no se quede aquel afecto en apariencia de amor, en simple sensiblería.

La tarea apostólica incumbe a todos. Como cristianos cada uno hemos escuchado: **enseñándoles a guardar todo cuanto os he mandado.** La misión de evangelizar a todos los pueblos y naciones, se halla inscrita en la misma esencia de la Iglesia y afecta profundamente a cada bautizado. Por eso, independientemente de las circunstancias concretas en las que cada uno se desenvuelva, el corazón de un cristiano ha de abrirse a las necesidades de la Iglesia universal, y de modo particular a los esfuerzos por implantar y desarrollar la fe de Cristo en los lugares donde aún no se halla radicada. Esta tarea no es ajena, al contrario, está incluida en el amor que Dios nos pide.

Son muchos los que trabajan y sirven a las almas, desde tiempo lejano, en bastantes países, a través de su tarea profesional; pero todos, por la Comunión de los Santos –con nuestra oración–, podemos y debemos llegarnos a esos lugares. Sin olvidar que, también en tierras de vieja tradición cristiana, se presentará siempre la necesidad de una nueva evangelización que encienda las almas en amor de Cristo. Tal vez sea ésta la primera manifestación necesaria del segundo precepto de la Ley: **amarás a tu prójimo como a ti mismo.** Quien desea el bien para los demás, quiere para ellos, como para sí mismo, lo mejor; que es, como venimos diciendo, amar a Dios sobre todas las cosas.

Pidamos a Santa María, feliz, de sentirse amada por Dios y de poder amarle, nos conceda de la Trinidad, como Omnipotencia Suplicante que es, la gracia de desear esa misma felicidad suya, para que hagamos, también, muy felices a otros.

---

## **PALABRA Y VIDA ([www.palabrayvida.com.ar](http://www.palabrayvida.com.ar))**

### **Amarás al Señor, tu Dios... Amarás a tu prójimo como a ti mismo**

La búsqueda de la esencia de la Ley era una cuestión que apasionaba a los hombres religiosos de la época de Jesús. ¿Qué es lo verdaderamente importante para Dios debajo del cúmulo de tantos preceptos? También Jesús participó en este esfuerzo por la unificación. A la pregunta: *¿Cuál es el mandamiento más grande de la Ley?*, respondió: *Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu*

*corazón... Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos dependen toda la Ley y los Profetas.*

El primero y más grande mandamiento –el del amor a Dios– lo retama Jesús del Antiguo Testamento: *Escucha, Israel: –había escrito o transmitido Moisés– el Señor, nuestro Dios, es el único Señor. Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas* (Deut. 6, 4 sq.). Estas palabras solemnes se habían convertido en el “credo” del pueblo elegido; todo pío israelita las repetía como plegaria vespertina del sábado. Incluso en épocas cercanas a nosotros, cuántos hebreos han recitado el “Shema Israel”, el Escucha, Israel, mientras iban temblando al encuentro de su muerte en los campos de exterminación.

La gran novedad de Jesús está en el “segundo mandamiento”: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Para decir la verdad, eso también había sido formulado en el Antiguo Testamento (Lev. 19, 18). ¿Qué era, por otra parte, lo que escuchamos en la primera lectura de hoy sino, justamente, una casuística del amor al prójimo? No maltratarás al forastero... No harás daño a la viuda... Pero se trataba de un concepto disperso en medio de otros, innumerables y bastante secundarios, donde el prójimo, además, era casi siempre el compatriota o el prosélito. En la época de Jesús, los más piadosos entre los israelitas (los esenios de Qumram), iban hasta la máxima: “Amarás a todos los hijos de la luz y odiarás a todos los hijos de las tinieblas”. Pero no más allá.

Con Jesús, “el prójimo” adquiere una dimensión universal: él da una respuesta totalmente nueva a la pregunta: “¿Quién es mi prójimo?” ¡En la parábola del samaritano, el “prójimo” es alguien que, en el plano étnico y político, es un enemigo y religiosamente, un “hijo de las tinieblas”!

Pero la mayor novedad se encuentra en el lugar que aquel precepto adquiere en el interior de la “Ley”: Jesús lo ubica junto al primer mandamiento: El segundo es semejante al primero. El amor al hombre está colocado en el mismo plano que el amor a Dios, y esto debía parecer inaudito. Juan explicó este pensamiento del Maestro al escribir: Éste es el mandamiento que hemos recibido de él: el que ama a Dios debe amar también a su hermano (Jn 4, 20 sq.).

¿Por qué –nos preguntamos– esta especie de abdicación por parte de Dios, este rebajarse suyo hasta identificarse –él. Creador y Señor– con el prójimo, y compartir con él el trono del amor en el corazón del creyente? Quizás la respuesta sea ésta. Amar es salir de uno mismo para ir hacia el otro. Dios es el Otro radical en tanto es “otro” por naturaleza (porque es Dios) ‘no hombre; Espíritu’ no carne, como dice en Oseas), y por persona, es decir, otro como objeto y como sujeto. Él, y él solo, por eso, será al final el término fijo y total de nuestro amor. Pero mientras estemos aquí abajo en calidad de peregrinos, no podemos aprehenderlo tal como es, como “totalmente Otro”. Resulta válido para el amor lo que se dijo del conocimiento de Dios: Ahora amamos como en un espejo, por refleja; entonces lo amaremos como él es (cfr. 1 Col 13, 12). ¡Este *speculum* o enigma de Dios es el prójimo!

Por lo tanto, Dios viene al encuentro de nuestra debilidad dándonos para amar a “otro”, a medida de nuestra condición humana y carnal; alguien que es “otro” con respecto a nosotros por persona, no por naturaleza. El hermano es un “otro” “yo mismo”, es decir, una criatura como yo, pero distinta de mí. Por eso, Jesús me ordena amarlo “como a mí mismo” y dice que el segundo mandamiento es semejante al primero. En efecto, es homogéneo, en continuidad, con respecto al primero; no se ubica “junto a”, sino “dentro” del primero. El amor al prójimo es el camino; el amor a Dios es el término.

Estaríamos en un error si afirmáramos que los cristianos siempre comprendieron y llevaron a cabo este equilibrio entre los dos mandamientos. En épocas pasadas, fue reprochado el haberse lanzado hacia el amor de Dios descuidando al prójimo, o haciendo de él un simple instrumento del

primero (amar al hombre “por amor a Dios” o para adquirir méritos). No sé cuánto tiene de verdadero y justo este reproche. Sin embargo, ahora, en el clima eufórico de la secularización, se pasó en forma declarada al exceso opuesto hasta creer que, para amar sería y eficazmente al hombre, es necesario prescindir de Dios. ¿Acaso no se ha hecho una hipótesis, por parte de algunos, acerca de “una religión del segundo mandamiento” y una “religión puramente horizontal”?

Las raíces de esta dispersión son remotas, pero es necesario llevarlas a la luz para juzgar al árbol que salió de allí. Una raíz fue la doctrina que, a principios de siglo, predicaba “la muerte de Dios” como condición para el advenimiento del hombre, más aún, del “superhombre”: doctrina nacida de alguien que se propuso como objetivo de vida “desenmascarar la moral cristiana” (F. Nietzsche) y a la cual muchas plumas de escritores ilustres dieron resonancia y popularidad (“Si Dios existe, el hombre es la nada”, escribió J. P. Sartre).

La otra raíz fue la ideología marxista, que considera al hombre como único fin y sentido de la historia; para ella, amar a Dios es alienación, es desperdiciar en el cielo los tesoros –y el amor– destinados a la tierra y al hombre.

Y bien, ¿cuáles fueron los frutos de este amor ateo al prójimo? Quien se había ilusionado tuvo que volver a pensarlo: la muerte de Dios no fue seguida por el amor y el respeto hacia el hombre, sino por la destrucción del hombre.

Frente a una conclusión tan negativa, no es el caso que nosotros los cristianos volvamos a poner entre paréntesis el “segundo mandamiento”, o a concebirlo como una de las tantas prácticas para hacerse santos, como un “hacer la caridad”. El verdadero problema sigue siendo la síntesis de los dos mandamientos, cómo unir una total dedicación a Dios y a su culto con una total dedicación al prójimo. Debemos redescubrir una y otra vez lo que nos enseñó el Evangelio: que el amor a Dios es justamente el más sólido fundamento del amor al hombre y del respeto por el hombre; que el hombre jamás está garantizado totalmente contra violencias y manipulaciones como lo está allí donde Dios es reconocido como su Creador, guardián y Padre.

Un único amor, entonces, que sube de los hombres a Dios; una única religión la nuestra, vertical y horizontal a la vez. Sin embargo, si planteamos la pregunta: de dónde comenzar concretamente para realizar este amor, si desde lo alto o desde abajo, el Evangelio no nos deja lugar a dudas: desde el prójimo. En Lucas, el pasaje evangélico está seguido, en calidad de ejemplo, por la parábola del buen samaritano (Lc 10, 29 ssq.), y en Mateo, un poco más adelante, por el gran texto sobre el amor al prójimo: *Porque tuve hambre y ustedes me dieron de comer; tuve sed, y me dieron de beber...* (Mt. 25, 35).

Esto no significa postergar el sagrado deber de amar a Dios, sino amarlo desde ahora de la única forma con la que él se nos hace presente concretamente, es decir, en el hermano. “¿Has visto a un hermano? ¿Has visto a Dios?”, pregunta un dicho atribuido a Jesús fuera de los Evangelios. También el hermano es una especie de sacramento, el más cotidiano de todos, como la carne humana que escondía el Verbo y como el pan eucarístico que esconde el cuerpo de Cristo: “Ustedes me lo hicieron a mí; a mí me han vestido”. Él, entonces, estaba presente en el hambriento, en el desnudo, en el encarcelado. Es éste el “dios cercano” con que nos encontramos a cada paso en la vida, al cual le podemos extender la mano incluso en seguida, al salir de esta asamblea nuestra. La Eucaristía que ahora celebramos nos consagra justamente a este difícil amor. *Donde haya caridad y amor al prójimo, allí está Dios.*

**BIBLIOTECA ALMUDÍ ([www.almudi.org](http://www.almudi.org))**

*Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II*

**Homilía en la Parroquia de Jesús Obrero Divino (25-X-1981)**

**– Existencia de la ley natural**

“Yo te amo, Señor, Tú eres mi fortaleza, Señor, mi roca, mi alcázar, mi libertador”.

“No vejarás...”, “no oprimirás...”, “no explotarás a viudas ni a huérfanos”, “no serás... usurero”, “si tomas en prenda... lo devolverás”.

El autor del libro del Éxodo, con estas órdenes tan fuertes y perentorias, quiere hacernos reflexionar sobre la realidad fundamental de la existencia de una “ley moral natural”, ingénita en la misma estructura del hombre, ser inteligente y volitivo. Hay una ley moral inscrita en la conciencia misma del hombre que impone respetar los derechos del Creador y del prójimo y la dignidad de la propia persona; ley que se expresa prácticamente con los “Diez Mandamientos”.

Transgredir la ley moral natural es fuente de consecuencias terrible y ya lo hacía ver San Pablo en la Carta a los Romanos: “Tribulación y angustia sobre todo el que hace el mal...; pero gloria, honor y paz para todo el que hace el bien” (Rm 2,9-10). Lo que San Pablo decía a los pueblos paganos, que no habían actuado en conformidad con el conocimiento racional de Dios, único Creador y Señor, y habían despreciado la ley moral natural, se constata de modo impresionante en todos los tiempos, y por lo tanto también en nuestra época: “Y como no procuraron conocer a Dios, Dios lo entregó a su réprobo sentir, que los lleva a cometer torpezas y a llenarse de toda injusticia, malicia, avaricia, maldad...” (Rm 1,28-29). El descenso de la moral, tanto en el campo social como en el ámbito personal, causado por la desobediencia a la ley de Dios inscrita en el corazón del hombre, es la amenaza más terrible a cada persona y a toda la humanidad.

**– El amor a Dios y a los hombres**

En el Evangelio de hoy un doctor de la ley pregunta a Jesús: “Maestro, ¿Cuál es el mandamiento principal de la ley?” (Mt 22,36). Cristo responde: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu ser. Este mandamiento es el principal y el primero. El segundo es semejante a él: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Estos dos mandamientos sostienen la ley entera y los Profetas” (Mt 22,37-40).

Con estas palabras Cristo define cuál es el fundamento último de la moral humana, esto es, aquello sobre lo que se apoya toda la construcción de esta moral. Cristo afirma que se apoya en definitiva sobre estos dos mandamientos. Si amas a Dios sobre todas las cosas y a tu prójimo como a ti mismo, si amas verdadera y realmente, entonces sin duda no “vejarás”, ni “oprimirás”, “no explotarás a ninguno, en particular a la viuda y al huérfano”, no serás tampoco “usurero” y si “tomas en prenda lo devolverás” (Ex 22,20-25).

La liturgia de la Palabra de hoy enseña de qué modo se construye el edificio de la moral humana, desde sus mismos fundamentos y, al mismo tiempo, nos invita a construir este edificio precisamente así.

Puesto que debemos aprovecharnos honestamente de la participación en la liturgia de hoy, debemos pensar si y cómo construimos el edificio de nuestra moral. Y si la conciencia comienza a reprobar nuestras obras, reflexionemos si a esta moral no le falta el fundamento del amor.

**– La gracia de Dios para cumplir la ley moral**

“Dios mío, peña mía, refugio mío, mi fuerza salvadora, mi baluarte” (Sal 17/18,3).

El hombre, en diversas situaciones de la vida, se dirige a Dios para encontrar en él la ayuda, por ejemplo con las palabras del Salmo responsorial de hoy. Se dirige a él en las dificultades y en los peligros.

Los peligros más amenazadores son los de naturaleza moral, tanto por lo que respecta a los individuos, como también a la familia y a toda la sociedad.

Y entonces es necesario un esfuerzo más grande y una cooperación más ferviente con Dios para construir sobre roca sólida, sobre el fundamento de los mandamientos y sobre la potencia de su gracia. Ese fundamento perdura incesantemente. Y Dios no niega su gracia a los que sinceramente aspiran a ella.

Que se cumpla en vosotros estas palabras, con las que saludo al comienzo a vuestra comunidad: “Yo te amo, Señor, Tú eres mi fortaleza, Señor, mi roca, mi alcázar, mi libertador” (Sal 17/18,2).

\*\*\*

### ***Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva***

“Amarás al Señor tu Dios...” El deber primero y lo mejor que hay en nosotros debe ser para Dios que nos ha dado la vida, ha salido a nuestro encuentro haciéndose Hombre, perdona una y otra vez nuestras ofensas y olvidos, y se ha quedado con nosotros y como alimento en la Eucaristía. La Sagrada Escritura equipara la solicitud de Dios por nosotros a la de una madre por su hijo. “¿Puede la madre olvidarse del fruto de su vientre, no compadecerse del hijo de sus entrañas? Pues aunque ella se olvidare, yo no te olvidaría” (Is 49,14-15). Dios se muestra a sí mismo, como aquel que estará siempre atento a las necesidades de su pueblo (Cfr Ex 6,2-8).

Ese amor de Dios por cada uno que se remonta a la noche de los tiempos y culmina en la prematura noche del Gólgota, donde Jesús lleva a cabo lo que le aseguró a los suyos: “nadie tiene amor más grande que el de dar uno la vida por sus amigos” (Jn 15,13), está pidiendo a gritos algo más que un aguado interés por nuestra parte. Hay que acorralar al amor propio y a la comodidad y decidirse a caer de rodillas ante este Dios bueno, paciente y tenaz, afortunadamente inevitable. “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón...”.

Es preciso sacudirse la tibieza. ***Eres tibio si haces perezosamente y de mala gana las cosas que se refieren al Señor...*** (San Josemaría Escrivá, *Camino*, 313). Preguntémonos: ¿En qué pienso habitualmente o cuál es el motivo profundo de mi actuación? ¿En mi comodidad? ¿En mi prestigio? ¿En el qué dirán? ¿En mi salud? ¿En mi sensualidad o en mi soberbia y vanidad heridas? “Conozco tus obras y que no eres ni frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente!, mas porque eres tibio..., estoy para vomitarte de mi boca” (Ap 3,15-16). La tibieza es tan desagradable a Dios, que le produce náuseas. ¿Merece esta respuesta ese Dios que nos ha creado a su imagen, libres, y constituye ese arcano capaz de colmar las aspiraciones humanas? ¡Que nos conste! ¡Que nos lo repitamos en esas ocasiones en que se está fraguando una resolución poco generosa: Dios no se merece eso!

“El segundo es semejante a él: ‘amarás a tu prójimo como a ti mismo’”. Estamos invitados a querer a quienes nos rodean “con obras y de verdad” (1 Jn 3,18) “pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve” (1 Jn 4,20). Este amor hecho de servicio afectivo y efectivo se podría concretar en decenas de incidencias diarias: Ese hablar sin herir, por ejemplo. La sonrisa a tiempo que desdramatiza una situación. La paciencia y la serenidad en las horas difíciles. El buen humor en los momentos de tensión. El no querer tener siempre razón... ¡Y tantos detalles más!



Toda invitación a amar a los demás puede parecer lírica y vaporosa ante la sólida realidad de los conflictos familiares, laborales, académicos, sociales, políticos... Pero esta impresión está lastrada por una falta de sentido cristiano que no ve a Dios en los demás, o que trata bien tan sólo a aquellos que le aprecian y le tratan bien, esto es: que busca una recompensa humana y no la promesa divina. Recordemos que el amor es la razón suprema de todo lo que en este mundo existe de bueno y grande, y que S. Pablo asegura que, quien ama, no morirá jamás (Cfr 1 Cor 13,8).

\*\*\*

### ***Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica***

**«Si me amáis, guardaréis mis mandamientos»**

#### **I. LA PALABRA DE DIOS**

Ex 22,21-27: «Si explotáis a viudas y huérfanos se encenderá mi ira contra vosotros»

Sal 17,2-3a.3bc-4.47 y 51ab: «Yo te amo, Señor, tú eres mi fortaleza»

1Ts 1,5c-10: «Abandonasteis los ídolos para servir a Dios y esperar la vuelta de su Hijo»

Mt 22,34-40: «Amarás al Señor tu Dios y a tu prójimo como a ti mismo»

#### **II. APUNTE BÍBLICO-LITÚRGICO**

Segunda consigna (véase Domingo anterior) para la vida de la Iglesia: el amor a Dios y al prójimo, que «sostienen la Ley entera y los profetas».

Por un lado, «el que ama ha cumplido la Ley» (Rm 13,10b). Por otro lado, «en esto conocemos que amamos a Dios, en que cumplimos sus mandamientos» (1 Jn 5,3). La caridad cristiana es la moral fundamental del bautizado. Y la caridad cristiana ama según Dios, que conoce al hombre y los caminos de su felicidad.

La gran diferencia entre los mandamientos de la ley antigua y los mismos trasladados a la Ley Nueva está en Jesucristo que los ha convertido en vida y en modo de ser. Son más exigentes, pero tenemos por delante un guía y un amigo.

#### **III. SITUACIÓN HUMANA**

En el centro del ser humano, el corazón hecho para amar. Los interrogantes se agolpan cuando se elige el amor: a quién o a quiénes amo, cómo amo ¿y cuando no satisface la experiencia del amor? Cristo ofrece hoy a los hombres el Amor, que en cristiano se llama Caridad, sin mezcla de egoísmo, y por eso con las mejores garantías.

Cuanto más amor hay en el corazón del hombre, mejor refleja la imagen de Dios que hay en él.

#### **IV. LA FE DE LA IGLESIA**

##### **La fe**

– El amor a Dios y al prójimo y los mandamientos: «Los diez mandamientos enuncian las exigencias del amor de Dios y del prójimo. Los tres primeros se refieren más al amor de Dios y los otros siete más al amor del prójimo... Los diez mandamientos están grabados por Dios en el corazón del ser humano» (2067; cf 2072).

– Para la relación amor-mandamientos: 1822-1829. 2052-2074.

### **La respuesta**

– Primero la esperanza de que la gracia convierte el corazón: “... «Yo soy la vid; vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto...» El fruto evocado en estas palabras es la santidad de una vida hecha fecunda por la unión con Cristo... el Salvador mismo ama en nosotros a su Padre y a sus hermanos... Su persona viene a ser, por obra del Espíritu, la norma viva e interior de nuestro obrar...” (2074).

– Segundo, nuestra cooperación al impulso de la caridad. Nos lo recuerda S. Pablo, que entiende los mandamientos como Jesús en el Sermón del Monte, como «la ley en su plenitud»: «no adulterarás, no matarás, no robarás, no codiciarás y todos los demás preceptos se resumen en esta fórmula: amarás a tu prójimo como a ti mismo. La caridad no hace mal al prójimo. La caridad es, por tanto, la ley en su plenitud...» (2196).

### **El testimonio cristiano**

– «La culminación de todas nuestras obras es el amor. Ese es el fin; para conseguirlo, corremos; hacia él corremos; una vez llegados, en él reposamos (S. Agustín)» (1829).

– «O nos apartamos del mal por temor del castigo y estamos en la disposición del esclavo, o buscamos el incentivo de la recompensa y nos parecemos a mercenarios, o finalmente obedecemos por el bien mismo del amor del que manda...y entonces estamos en la disposición de hijos (S. Basilio, reg. fus. prol.3)» (1828).

Para que el amor sea auténtico ha de lograrse con la práctica de los mandamientos, camino de Dios que conoce el corazón humano, hecho «a su imagen y semejanza». Para ello hay que esperar con seguridad en que el Amor de Dios se nos da como gracia, no es fruto espontáneo del corazón humano, y hay que dejarse llevar de su impulso divino.

\*\*\*

### ***Homilía pronunciada por S.S. Benedicto XVI***

#### **Domingo 23 de octubre de 2011**

Venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio, queridos hermanos y hermanas:

(...) La Palabra del Señor, que acaba de resonar en el Evangelio, nos ha recordado que toda la ley divina se resume en el amor. El evangelista san Mateo narra que los fariseos, después de que Jesús respondiera a los saduceos dejándolos sin palabras, se reunieron para ponerlo a prueba (cf. 22, 34-35). Uno de estos interlocutores, un doctor de la ley, le preguntó: «Maestro, ¿cuál es el mandamiento principal de la ley?» (v. 36). A esa pregunta, decididamente insidiosa, Jesús responde con total sencillez: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente. Este mandamiento es el principal y primero» (vv. 37-38). De hecho, la exigencia principal para cada uno de nosotros es que Dios esté presente en nuestra vida. Como dice la Escritura, él debe penetrar todos los estratos de nuestro ser y llenarlos completamente: el corazón debe saber de él y dejarse tocar por él; e igualmente el alma, las energías de nuestro querer y decidir, como también la inteligencia y el pensamiento. Es poder decir, como san Pablo: «No soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí» (Ga 2, 20).

Inmediatamente después, Jesús añade algo que, en verdad, no había preguntado el doctor de la ley: «El segundo es semejante a él: Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (v. 39). Al declarar que el segundo mandamiento es semejante al primero, Jesús da a entender que la caridad hacia el prójimo es tan importante como el amor a Dios. De hecho, el signo visible que el cristiano puede mostrar para

testimoniar al mundo el amor de Dios es al amor a los hermanos. ¡Cuán providencial resulta entonces el hecho de que precisamente hoy la Iglesia señala a todos sus miembros tres nuevos santos que se dejaron transformar por la caridad divina y según ella moldearon su vida. En situaciones distintas y con diversos carismas, amaron al Señor con todo el corazón y al prójimo como a sí mismos «llegando a ser así un modelo para todos los creyentes» (cf. 1 Ts 1, 7).

(...) «Te amo, Señor, mi fortaleza». Así, queridos hermanos y hermanas, hemos aclamado con el Salmo responsorial. De ese amor apasionado a Dios son signo elocuente estos tres nuevos santos. Dejémonos atraer por su ejemplo, dejémonos guiar por sus enseñanzas, para que toda nuestra vida se transforme en testimonio de auténtico amor a Dios y al prójimo. Que nos obtenga esta gracia la Virgen María, la Reina de los santos, y también la intercesión de san Guido María Conforti, de san Luis Guanella y de santa Bonifacia Rodríguez de Castro. Amén.

---

## HABLAR CON DIOS ([www.hablarcondios.org](http://www.hablarcondios.org))

### Creados para la alegría.

– **El Señor quiere discípulos alegres. Lo necesario para conseguir la felicidad «no es una vida cómoda, sino un corazón enamorado».**

I. La Antífona de entrada de la Misa<sup>9</sup> nos invita a la alegría y nos señala el camino para encontrarla: *Que se alegren los que buscan al Señor. Recurrid al Señor y a su poder, buscad continuamente su rostro.* Cuando nos buscamos a Dios es imposible estar contentos. La tristeza nace del egoísmo, del afán de compensaciones, del descuido de las cosas de Dios y de las de nuestros hermanos los hombres..., de estar pendientes de nosotros mismos, en definitiva. Sin embargo, el Señor nos ha creado para la alegría. Nos quiere más alegres cuanto más cerca de Sí nos llama. Ya en el Antiguo Testamento se anuncia: *No temas, tierra; alégrate y gózate porque son muy grandes las cosas que hace el Señor... Alegraos y gozaos, hijos de Sión, en el Señor, vuestro Dios, que os dará la lluvia a su tiempo y hará descender sobre vosotros la temprana y la tardía de otras veces*<sup>10</sup>.

Para nosotros los cristianos, la alegría es una verdadera necesidad. Cuando el alma está alegre se vierte hacia fuera y tiene alas para volar hacia Dios y para excederse en el servicio a los demás; un corazón alegre está más cerca de Dios, se dispone para llevar a cabo empresas grandes y es estímulo para sus hermanos. La tristeza paraliza los mejores propósitos de santidad y de apostolado, y oscurece el ambiente. Es un gran mal. Por eso, San Pablo repetía una y otra vez a los primeros cristianos: *Alegraos siempre en el Señor; de nuevos os lo digo: alegraos*<sup>11</sup>. Por otra parte, en medio de las fuertes contradicciones que estaban padeciendo, la alegría era su fortaleza y el mejor medio para atraer a otros a la fe.

La tristeza no se origina por dificultades o sufrimientos más o menos graves, sino por dejar de mirar a Jesús. Enseña Santo Tomás que este mal del alma es un verdadero vicio causado por el desordenado amor de sí mismo, y es causa de otros muchos males<sup>12</sup>. Es como una raíz enferma que sólo produce frutos amargos. La tristeza origina muchas faltas de caridad, despierta el afán de compensaciones y permite, con frecuencia, que el alma no luche con prontitud en las tentaciones que provienen de la sensualidad.

---

<sup>9</sup> Antífona de entrada. *Sal* 104, 34.

<sup>10</sup> *Ioel* 2, 21-23.

<sup>11</sup> *Flp* 4, 4.

<sup>12</sup> Cfr. Santo Tomás, *Suma Teológica*, 2-2, q. 28, a 4.

***Lo que se necesita para conseguir la felicidad, no es una vida cómoda, sino un corazón enamorado***<sup>13</sup>, pues la alegría es el primer efecto del amor, y la tristeza el fruto estéril del egoísmo, de la pereza..., del desamor, en definitiva. «La tristeza mueve a la ira y al enojo; y así experimentamos que, cuando estamos tristes, fácilmente nos enfadamos y nos airamos por cualquier cosa; y más, hace al hombre sospechoso y malicioso, y algunas veces turba de tal modo que parece que quita el sentido y saca fuera de sí»<sup>14</sup>. El alma entristecida cae con facilidad en el pecado y se queda sin fuerzas para el bien: *es camino cierto para la derrota. Como la polilla al vestido, y la carcoma a la madera, así la tristeza daña el corazón del hombre*<sup>15</sup>.

Si alguna vez sentimos que nos ronda esta mala enfermedad del alma, o que ya se ha introducido dentro, examinemos dónde tenemos puesto el corazón. **«*Laetetur cor quaerentium Dominum – Alégrese el corazón de los que buscan al Señor.***

– ***Luz, para que investigues en los motivos de tu tristeza***<sup>16</sup>. ¡Qué difícil es estar triste –aun en medio del dolor, de la pobreza, de la enfermedad... –cuando de verdad andamos con la mirada puesta en el Señor, y somos generosos en lo que nos está pidiendo en esa situación, quizá humanamente difícil! Como San Pablo, podremos decir siempre: *estoy lleno de consuelo, rebose de gozo en medio de las tribulaciones*<sup>17</sup>. Si buscamos realmente al Señor en nuestra vida, nada podrá quitarnos la paz y la alegría. El dolor purificará el alma, y las mismas penas se transformarán en gozo.

– **El primer mandamiento y la alegría.**

**II. *Laetetur cor quaerentium Dominum...*** que se alegren los corazones que buscan al Señor.

El Evangelio de la Misa de este domingo<sup>18</sup> invita a la alegría, porque es una llamada al amor. El mandamiento del amor es a la vez el de la alegría, pues esta virtud «no es distinta de la caridad, sino cierto acto y efecto suyo»<sup>19</sup>. De aquí que el índice de nuestra unión con Dios venga señalado por la alegría y el buen humor que ponemos en el cumplimiento del deber, en el trato con los demás, en el modo como llevamos el dolor y las contradicciones.

Cuando los fariseos se acercaron a Jesús para preguntarle por el mandamiento principal de la ley, Jesús les respondió: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu ser. El segundo es semejante a él: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Esto es lo que necesitamos: dirigirnos a Dios con todo lo que tenemos y somos, servir al prójimo, abrirnos a él, y olvidarnos de nosotros mismo, huir de la preocupación por estar más cómodos, dejar nuestra vanidad y el orgullo a un lado, poner la mirada lejos de nosotros..., amar.

Muchos piensan que van a ser más felices cuando posean más cosas, cuando sean más admirados..., y se olvidan de que sólo necesitamos «un corazón enamorado». Y ningún amor puede llenar nuestro corazón, que fue hecho por Dios para alcanzar su plenitud en los bienes eternos, sin el Amor. Los demás amores limpios –los otros no son amores– adquieren su verdadero sentido cuando buscamos al Señor sobre todas las cosas. Por el contrario, ni el egoísta, ni el envidioso, ni quien tiene puesta su alma en los bienes de la tierra... gustarán de aquella alegría que prometió Jesús a los

<sup>13</sup> San Josemaría Escrivá, *Surco*, n. 795.

<sup>14</sup> San Gregorio Magno, *Moralia*, 1, 31, 31.

<sup>15</sup> *Prov* 25, 20.

<sup>16</sup> San Josemaría Escrivá, *Camino*, n. 666.

<sup>17</sup> *2 Cor* 7, 4.

<sup>18</sup> *Mt* 22, 34-40.

<sup>19</sup> Santo Tomás, *o. c.*, 2-2, q. 28, a 3.

suyos<sup>20</sup>, porque no sabrá querer, en el sentido más profundo y noble lo la palabra. «Mas esa fuerza tiene el amor, si es perfecto: que olvidamos nuestro contento por contentar a quien amamos. Y verdaderamente es así, que, aunque asean grandísimos trabajos, entendiendo contentamos a Dios, se nos hacen dulces»<sup>21</sup>. Todas las dificultades y tribulaciones son llevadas de la mano del Señor.

– **Llevar la alegría a quienes Dios ha puesto cerca de nuestra vida.**

**III.** *Dios mío, peña mía, refugio mío, escudo mío, mi fuerza salvadora, mi baluarte... Yo te amo, Señor, Tú eres mi fortaleza*<sup>22</sup>, rezamos al Señor con las palabras del Salmo responsorial.

En Él encontramos la seguridad y todo lo que necesitamos, también la alegría y la paz en cualquier situación por la que estemos pasando. Por eso, no dejaremos nunca de tratarlo personalmente, con intimidad, cada día. Mucho nos va en ello.

La alegría y la paz que bebemos en esa fuente inagotable que es Cristo, hemos de llevarlas a quienes Dios ha puesto más cerca de nosotros, a nuestros hogares, que no han de ser en ningún momento tristes, ni oscuros, ni tensos por las incomprendiones y los egoísmos, sino *luminosos y alegres*<sup>23</sup>, como fue aquel donde vivió Jesús con María y José. Cuando en el leguaje habitual se dice «esa casa parece un infierno», enseguida se nos viene a la mente un hogar sin amor, sin alegría, sin Cristo. Un hogar cristiano debe ser alegre porque en él está el Señor que lo preside, y porque ser discípulos suyos significa, entre otras cosas, vivir esas virtudes humanas y sobrenaturales a las que tan íntimamente está unida al alegría: generosidad, cordialidad, espíritu de sacrificio, simpatía, empeño por hacer la vida más amable a quienes están cerca...

Hemos de llevar esta alegría serena, resultado de tratar diariamente al Señor, a nuestro lugar de trabajo, a la calle, a las relaciones con los clientes, a quien nos pregunta por la dirección en una ciudad que le es desconocida... Muchos se encuentran tristes e inquietos y necesitan, ante todo, ver la alegría que el Señor nos ha dejado para ponerse ellos también en camino, ¡Cuántos han descubierto el sendero que lleva a Dios a través de la alegría cristiana, hecha vida en un compañero de trabajo, en un amigo...!

Este gozo cristiano es también el estado de ánimo necesario para el cumplimiento de las obligaciones propias. Y cuanto más elevadas sean éstas, tanto más habrá de elevarse nuestra alegría<sup>24</sup>. Cuanto mayor sea nuestra responsabilidad (padres, sacerdotes, superiores, maestros...), mayor también la obligación de tener esa alegría para comunicarla. El rostro del Señor debía resplandecer de alegría, y su paz se manifestó incluso en su Pasión y Muerte. También en esos momentos quiso darnos ejemplo para que le imitémos si el camino de la vida se nos hiciera cuesta arriba.

El recurso a Nuestra Madre Santa María –*Causa nostrae laetitiae*, Causa de nuestra alegría– nos permitirá encontrar fácilmente el camino de la paz y el gozo verdadero, si alguna vez lo perdemos. Enseguida comprenderemos que esa senda que conduce a la alegría es la misma que lleva a Dios.

---

<sup>20</sup> Cfr. *Jn* 16, 22.

<sup>21</sup> Santa Teresa, *Fundaciones*, 5, 10.

<sup>22</sup> Salmo responsorial. *Sal* 17, 2-4; 47; 51.

<sup>23</sup> Cfr. San Josemaría Escrivá, *Es Cristo que pasa*, 22.

<sup>24</sup> Cfr. P. A. Regio, *Espíritu sobrenatural y buen humor*, p. 24.

**Mn. Ramon SÀRRIAS i Ribalta (Andorra) ([www.evangelii.net](http://www.evangelii.net))**

**«Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón (...). Amarás a tu prójimo como a ti mismo»**

Hoy, nos recuerda la Iglesia un resumen de nuestra “actitud de vida” («De estos dos mandamientos penden toda la Ley y los Profetas»: Mt 22,40). San Mateo y San Marcos lo ponen en labios de Jesucristo; San Lucas de un fariseo. Siempre en forma de diálogo. Probablemente le harían al Señor varias veces preguntas similares. Jesús responde con el comienzo del Shemá: oración compuesta por dos citas del Deuteronomio y una de Números, que los judíos fervientes recitaban al menos dos veces al día: «¡Oye Israel! El Señor tu Dios (...)». Recitándola se tiene conciencia de Dios en el quehacer cotidiano, a la vez que recuerda lo más importante de esta vida: Amar a Dios sobre todos los “dioscillos” y al prójimo como a sí mismo. Después, al acabar la Última Cena, y con el ejemplo del lavatorio de los pies, Jesús pronuncia un “mandamiento nuevo”: amarse como Él nos ama, con “fuerza divina” (cf. Jn 14,34-35).

Hace falta la decisión de practicar de hecho este dulce mandamiento —más que mandamiento, es elevación y capacidad— en el trato con los demás: hombres y cosas, trabajo y descanso, espíritu y materia, porque todo es criatura de Dios.

Por otro lado, al ser impregnados del Amor de Dios, que nos toca en todo nuestro ser, quedamos capacitados para responder “a lo divino” a este Amor. Dios Misericordioso no sólo quita el pecado del mundo (cf. Jn 1,29), sino que nos diviniza, somos “partícipes” (sólo Jesús es Hijo por Naturaleza) de la naturaleza divina; somos hijos del Padre en el Hijo por el Espíritu Santo. A san Josemaría le gustaba hablar de “endiosamiento”, palabra que tiene raigambre en los Padres de la Iglesia. Por ejemplo, escribía san Basilio: «Así como los cuerpos claros y transparentes, cuando reciben luz, comienzan a irradiar luz por sí mismos, así relucen los que han sido iluminados por el Espíritu. Ello conlleva el don de la gracia, alegría interminable, permanencia en Dios... y la meta máxima: el Endiosamiento». ¡Deseémoslo!

---